TEMAS SEXUALES



A. MARTIN DE LUCENAY

bestialismo

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

35

A. MARTIN DE LUCENAY

BESTIALISMO

El bestialismo a través de los pueblos.—Las escenas de copulación de los animales.—El bestia ismo en el campo.—Casos de zoofilia y zoocrastia. — La deshonestidad con los niños.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
OCTUBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

En el estudio de esta perversión, que consiste en la práctica de la sexualidad con los animales, es preciso tener muy presentes las circunstancias en que los hechos se realicen para determinar si se trata, en efecto, de una perversión pasajera o bien la consecuencia de un desequilibrio mental. En el primer caso, nada grave, puesto que, por lo general, no se recurre a tales métodos de satisfacción erótica más que por faltar los naturales, ya sea por timidez o prejuicios del individuo o bien por su alejamiento de las personas de diferente sexo, se ha convenido en denominar a este aspecto de la sexualidad con la palabra bestialismo, *término completamente admisible, a diferencia del propuesto, y empleado por algunos autores, que lo designan con la palabra* sodomía, *y que no puede aceptarse. No puede aceptarse, porque si con este término queremos designar los vicios y perversiones que se registraron en la bíblica Sodoma, en tal medida que motivaron la terrible iracundia de Jeovah, veremos que la deshonestidad cometida con los animales no alcanzaba las mismas proporciones que la realizada entre individuos del mismo sexo.*

No es posible decir que es sodomita el homosexual, como el hombre que practica el coito anal con una mujer, igual que quien satisface su impulso genésico sirviéndose de animales; incluir estas tres variedades en el mismo grupo y bajo idéntica denominación es, a todas luces, incorrecto e injusto.

Puede ocurrir, como se observa muy frecuentemente, que la inclinación del individuo hacia los animales como único o preferente método de satisfacción sexual obedezca a un grado de degeneración más o menos acentuado, en cuyo caso se ha aceptado la definición de Krafft-Ebing, comprendida en la palabra zooerastia. *Así pues, la diferencia existente entre las palabras bestialismo o bestialidad y zooe-*

rastia, está en que el individuo sea un falto de medios o se trate de un enfermo mental más o menos grave.

En el segundo caso, no cabe duda que es la perversión más grosera, lo mismo que en el primero; hemos de convenir en que es el método de satisfacción menos estético que se conoce, aunque se trate de las relaciones mitológicas de Leda y el Cisne.

Algunos autores han comparado la bestialidad con la masturbación, ateniéndose exclusivamente a la semejanza de mecanismos, y, además, a la falta racional de estímulos psíquicos. En efecto, en lo que a tales estímulos se refiere, cuando la sexualidad se satisface con los animales por falta de otros medios, no cabe duda que esos estímulos no pueden existir; pero, en lo que al mecanismo se refiere, los dos actos fisiológicos no pueden producir iguales excitaciones; es decir, que, a falta de medios, o sea cuando el individuo no hace más que usar de la masturbación, siempre encontrará más semejanza con la realidad por medio del bestialismo que por el de la masturbación.

No obstante, con sólo tener un ligero conocimiento de la anatomía sexual es fácil comprender que, desde el punto de vista mecánico, existen muy pocas diferencias entre la vagina de una mujer, por ejemplo, y la de una cabra, que es el animal preferido en Italia, Grecia, España, Marruecos, etc., para estas prácticas contra Natura.

En este punto ya hay que tener en cuenta la psicología del individuo y su grado de sensibilidad, y entonces, casi sin darnos cuenta, resulta que, desde el hecho simple de la falta de medios naturales, llegamos a la zooerastia pervertida, es decir, el amor sexual hacia los animales, que en individuos de constitución neuropática puede llegar a sustituir por completo al amor normal, puramente fisiológico o mecánico, si es que a esto puede llamársele amor.

La variedad más rara y tal vez la más digna de estudio es la zoofilia erótica, o sea la experimentación de emociones sexuales e incluso de sueños o ensueños, pensando en animales o acariciándolos, sin necesidad de que realmente tengan lugar contactos sexuales. Además, y esto es lo más curioso, a estos desequilibrados no les importa nada el sexo de los animales que llaman su atención erótica; a veces, son bestias imaginarias o mitológicas que jamás han visto, a las que dan forma de mujer en su imaginación. Por lo general, estos fantasmas conducen a la masturbación, y cuando se presentan en forma de obsesiones, su fin casi irremediable es la locura.

Según los tiempos y los pueblos, los actos contra Natura con los animales han sido mirados de muy diferente manera; mientras en la Edad Media la Inquisición quemaba vivos a hombres y mujeres y bestias, en Ceylán, por ejemplo, se siguen practicando estos usos que a nadie sorprenden. En otros puntos, como en Madagascar y otras partes de Africa, el bestialismo tuvo una significación sexual religiosa. Por otra parte, en la India puede observarse que, en ciertos templos, existen cabras para iniciar a los hombres y machos cabríos para que las mujeres practiquen los primeros contactos sexuales. Las figuras de seres humanos y animales copulando pueden verse en varios templos indios de Calcuta, Madrás, Colombo, Haiderabad, etc., y si nos detenemos a estudiar, siquiera someramente, las costumbres de los antiguos egipcios, se verá que el macho cabrío era algo más que el macho de la cabra.

Desde luego existe una asociación entre la sexualidad humana y los animales de las más distintas especies. Las brujas, de que nos habla la demonología de la Edad Media, confesaban constantemente que habían tenido relaciones con el demonio, el cual adoptaba la figura del macho cabrío y, más frecuentemente, la de un perro.

En todas las partes del mundo, como veremos más adelante, las prácticas sexuales entre seres humanos y animales bastante frecuentes, y en muchos pueblos salvajes se toleran con benévola indiferencia, aunque en otros sean sancionadas con las penas más graves. En otros países, como en los de religión musulmana, la bestialidad resulta ser una medida higiénica cuando el hombre está alejado de la mujer, e incluso un procedimiento que se considera infalible para la curación de las enfermedades sexuales.

Otros pueblos primitivos se creen inferiores a ciertos animales, y así parece ser en efecto. En este caso, la bestialidad no es nada denigrante, sino que, por el contrario, se considera hasta como un procedimiento superior de la sexualidad, sobre todo cuando se trata de pueblos que adoran a sus divinidades en figura de animales.

Ahora bien, todas estas razones, que pueden serlo hasta cierto punto, no bastan para justificar ni el bestialismo, ni la zooerastia, ni la zoofilia erótica, perversiones que, en sus diversas formas, jamás puede decirse que sean congénitas, sino que en todos los casos son siempre, adquiridas, y no por sujetos bien constituídos, sino por aquellos cuya mentalidad, en un aspecto o en otro, se apartan de las normas de la civilización, de la cultura o de la normalidad.

EL BESTIALISMO A TRAVES DE LOS PUEBLOS

No tiene bases naturales.—La relación entre los hombres y los animales.—Los ejemplos de la mitología.—Los animales sagrados.—Razones de la adoración.—El diablo y sus encarnaciones.—Los salvajes que abominan de la bestialidad.—El bestialismo de los italianos.—Los monos y las mujeres.—Mujeres secuestradas por los gorilas.—Varios casos notables.—El mono de los parques zoológicos.—Los castigos de la bestialidad.

Todas las perversiones del impulso sexual parecen tener—algunas la tienen indudablemente—una justificación más o menos remota, una base más o menos natural que se basa en hechos biológicos de importancia evidente; tal sucede con el homosexualismo, el exhibicionismo, la mixoscopia, el fetichismo, el sadomasoquismo, etc.

En el bestialismo, aunque vemos que un animal macho puede manifestar interés sexual por una hembra humana, cabe asegurar que este detalle no basta para que concedamos demasiado valor a esa conducta hasta el extremo de querer basar en ella todo un principio justificativo de la inclinación sexual de los humanos por los irracionales.

Así, pues, no existen razones naturales—hasta cierto punto—en las que podamos cimentar un estudio serio de la zooerastia en cualquiera de sus aspectos, como resulta tan fácil hacerlo refiriéndonos al sadomasoquismo, según acabamos de ver en el anterior volumen. El desarrollo y la práctica de esta perversión, que consiste en buscar satisfacciones eróticas con los animales, es fácil que tengan un origen religioso o social, no lo discutimos; pero que sus raíces antropológicas no existen o son escasísimas, son hechos que no necesitan ser demostrados sin salirnos en absoluto del terreno de la normalidad.

Todas las creencias, ritos y costumbres de los pueblos más an-

tiguos, así como su mitología y sus leyendas, ofrecen al observador infinitas pruebas de que en tiempos lejanos o presentes el género humano ha tenido una estrecha relación con los animales. El mito de la serpiente del Paraíso es la prueba más vulgar que podemos ofrecer a la consideración de los cristianos, y esto si no queremos acudir a las teorías o investigaciones de los antropólogos, que afirman que el hombre desciende de animales inferiores.

Pero repasemos la mitología de los pueblos más extraños entre sí, y de esta forma se verá que el hombre puede convertirse en animal y el animal en hombre, dando pruebas de una inteligencia superior, de una mentalidad o de un psiquismo digno de ser imitado. Algunos indígenas de Africa, Asia, América y Oceanía creen ser descendientes de animales reales o imaginarios o de especies extinguidas, probándolo el hecho de que estas tribus adoran a aquellas bestias que consideran sus remotos antepasados.

En Egipto, sobre todo, las gentes menos cultas siguen considerando animales sagrados al gato, al perro, al buey, al ibis, a la cabra y a otros animales que tomaron esta forma, aunque anteriormente fueron seres humanos. En la India, en Siam, en Cambodge y otros pueblos asiáticos de sólida civilización antigua, el elefante blanco es un animal sagrado, como en otros pueblos lo es el cocodrilo, la serpiente o el gato. La creencia popular o legendaria estima que esas bestias son hombres disfrazados, por decirlo así. En Bengala, gracias a la dominación europea, se ha dejado de creer que el tigre es la encarnación de un dios fabuloso al que había que rendir el homenaje de jóvenes vírgenes, que eran devoradas por estas bestias feroces con motivo de las fiestas de desagravio o rogativa celebradas en honor de tan sanguinaria divinidad.

Un autor dice que «si los hombres admiran y emulan las cualidades de los animales, y se enorgullecen creyendo que descienden de ellos, no es sorprendente que a veces no vean nada deprimente en la relación sexual con ellos». Para comprender perfectamente esta subordinación del hombre al poder de los animales, hay que tener en cuenta un verdadero cúmulo de circunstancias plenamente justificadas en los tiempos más remotos y aun en los presentes en aquellas razas que viven más apartadas de la civilización.

Situémonos, por ejemplo, hace quinientos años en cualquier

pueblo de los países salvajes que hoy están más o menos sometidos a las influencias de la civilización. En aquellos tiempos, lógico es comprenderlo, si nos referimos a los animales selváticos, nos encontramos con que los medios de que aquellos hombres podían disponer para defenderse de esas fieras no podían ser eficaces; al menos, su materialidad sería muy relativa. En estas condiciones, sólo la inteligencia humana podía contrarrestar, de una manera muy débil, el poder de aquellas bestias carnívoras o herbívoras que mataban y devoraban a los hombres y a los animales domésticos o que devastaban y se comían las cosechas. El título de «rey de la selva» dado al león no es una denominación de los europeos, sino que se la dieron los mismos salvajes; lo mismo puede decirse del tigre, de la *jungla* asiática y de otros animales feroces.

Este respeto, este temor, en virtud de otras supersticiones, se convertía, a la vez, en adoración: y sabido es que todo aquello que se adora lleva consigo un elemento de superioridad sobre los adoradores. Aquí tenemos, pues, la razón fundamental explicativa de esas idolatrías primitivas, de esa superioridad de los animales sobre los hombres, por la razón de que aquéllos eran más poderosos que éstos.

Pero vengamos a los animales domésticos o domesticables, entre los que vemos a no pocas divinidades. Un animal sagrado de la India, el búfalo, presta al hombre servicios incalculables para su sostenimiento; la cabra, adorada en diversos países, produce carne y leche, productos que mantienen al hombre, ya que son de gran valor nutritivo. Así, puede considerarse como un animal sagrado a una bestia que es noble, sobria y útil en grado sumo, amén de otras razones religiosas o mágicas.

En este aspecto, y con referencia a la cabra precisamente, si nos atenemos a lo que dice Herodoto, se ve que en los ritos religiosos de Mendes había una cabra como elemento principal de reverencia, y muy especialmente al macho, cuya personificación es el dios Pan. Dice Herodoto que en Mendes «ocurría, en cuanto yo recuerdo y era universalmente notorio, que un macho cabrío tenía comunicación indecente y pública con una mujer». Delaure, en su libro titulado *Las divinidades generadoras*, ha logrado reunir múltiples datos que contribuyen a robustecer la demostración de que las mujeres del antiguo Egipto tenían relaciones sexuales con el macho cabrío sagrado que había en los templos, no por sa-

tisfacer un deseo sexual, sino con el honesto fin de asegurarse la fertilidad

Pero no hace falta remontarnos a Grecia ni a Egipto para saber que el macho cabrío es el símbolo de la más desenfrenada lujuria; con sólo echar una ojeada sobre cierta literatura de siglos no muy remotos se advierte que el macho cabrío de que hablan los escritores constituyó también la preocupación de muchas beatas estúpidas y no pocos inquisidores y clérigos sagaces. La mujer que había sido poseída, según ella, por Satanás en figura de macho cabrío tenía dos caminos para elegir: o el de la purificación total por medio de la hoguera o el de la entrega sexual al confesor, que mediante este acto la santificaba, borrando de su cuerpo y de su alma las huellas que dejara el Gran Cornudo. Esta solución clerical explica la razón de muchas posesiones infernales de las que se lamentaban las beatas de aquella época, pero sólo cuando estaban seguras de agradar al confesor: de lo contrario, la hoguera de la Santa Inquisición remediaba los estragos espirituales de aquel supuesto bestialismo. Un tipo sudamericano reaccionario en extremo—huelga decir que era *brasileiro*—mató de un tiro a una hija suya «porque la había visto con un macho cabrío, que indudablemente era el demonio». La verdad de lo sucedido es que la infortunada joven había sido violada por su padre, y cuando ella le amenazó con denunciar el incesto aquella bestia inmunda que la engendró la quitó de enmedio «por motivos religiosos».

No en todos los países ha sido el macho cabrío la bestia que tentaba a las hembras; entre los indígenas de las islas Aleutinas, las danzas pantomímicas de los animales salvajes representan la transformación de un pájaro cautivo en una hermosa mujer que cae exhausta en los brazos del cazador (Bancroft). Los tamiles de Ceylán creen que el cebú hembra es la encarnación del espíritu de una maravillosa mujer; para comprobarlo someten al animal a diferentes pruebas, y tan pronto como se persuaden de que las cosas ocurren con arreglo a sus deseos, no tienen inconveniente en disputarse los «favores» sexuales de la bestia que pasa a ocupar uno de los sitios preferentes en el interior de algún templo.

En algunas tribus de Madagascar, de las que están más alejadas de los centros de civilización, aún subsiste una bestialidad ritualista y ordenada de carácter religioso. Como ya hemos dicho en uno de los primeros volúmenes, la mujer *sakalawe* procura

perder su virginidad lo más temprano posible, en la seguridad de que así tendrá mayores facilidades para encontrar esposo, e incluso hay curanderos que recorren los poblados ejerciendo su oficio de desvirginizadores, trabajo que paga el novio de la muchacha, si es que antes no ha sido el propio padre de la joven quien ha realizado esta operación de ritual.

No obstante, hay veces que se hace necesario emplear procedimientos contraconceptivos más eficaces que los que ofrecen los curanderos, y entonces se practica la desvirginización por medio del pene de un animal sagrado, generalmente el toro o el búfalo, cuyas reproducciones escultóricas se adoran en los templos. Esto es natural, en vista de la imposibilidad absoluta que existe para que lo hagan animales auténticos.

Las reproducciones de los toros sagrados de los templos de la India están provistas de penes de tamaño adecuado para este solo fin. Este bestialismo simbólico no se practica en la desvirginización, lo que generalmente se hace por medio del *lingham*, o sea una imitación del miembro viril humano, sino que su finalidad es asegurar la fecundidad de las mujeres, o la curación de la frigidez, o las dolencias sexuales específicas.

En este país es donde el viajero puede observar todas las variaciones del bestialismo, con sólo fijarse en las figuras que aparecen esculpidas en los templos; unas veces es la mujer, prestándose a las caricias de los animales más extraños, tales como elefantes, búfalos, tigres, machos cabríos, perros, lobos, etc., y otras son las hembras de estos animales los objetos sexuales de hombres y dioses. La mitología india está llena de narraciones de esta naturaleza, pero siempre se trata de dioses o diosas que tomaron esas formas bestiales en virtud de su poder de transformación.

Entre los indígenas australianos parece ser que las aves, machos y hembras, son los objetos preferidos para estos símbolos bestialistas. No obstante, no en todas las regiones existe la misma tolerancia para estas costumbres antinaturales. El doctor Malinowski, hablando de los indígenas de la Nueva Guinea británica, dice, acerca del bestialismo lo siguiente:

"Esta práctica es ridiculizada como inmunda y poco satisfactoria, todavía más absurda y cómica que la inversión. Es notable el hecho de que un pueblo totémico, que afirma su afinidad con ciertos animales y que trata al cerdo como un miembro del hogar, considere la sodomía animal como una práctica impura y contra Natura. Los

indígenas no ven ninguna continuidad o relación entre el matrimonio y las relaciones sexuales totémicas tal como tuvieron lugar en los tiempos mitológicos por una parte, y lo que pudiera llamarse la fornicación totémica actual por otra.

"Sin embargo, se ha conservado el recuerdo de un caso bien documentado de bestialidad, concerniente a un hombre que practicaba el acto sexual con un perro. Debe anotarse que el caso es conocido en el distrito entero, que todo el mundo conoce el nombre del hombre, todas las circunstancias del caso y hasta el nombre del perro, "Jack". Otro hecho interesante: en tanto que las gentes parecen divertirse mucho cuando cuentan este caso o hacen alusión a él, ciertos indicios permiten suponer que no les parecería en absoluto divertido si se refiriese a uno de ellos o a uno de sus parientes o amigos. "Si yo hubiese hecho eso o uno de mis parientes maternos o uno de mis amigos hubiese hecho eso, me habría suicidado." Pero el culpable, Moniyala, ha sobrevivido a su infamia. Vive feliz en Sinaketa, en donde tuve el placer de encontrarle, de tener con él una larga conversación. No obstante, jamás debe mencionarse en su presencia su falta pasada, pues, como dicen los indígenas, si oyese a alguien hablar de esta falta, haría *lo'u* (se suicidaría, arrojándose desde la cima de un árbol).

"Las circunstancias de este caso fueron las siguientes: Moniyala se hallaba al servicio de un comerciante que tenía un perro llamado "Jack". El hombre y el perro se hicieron amigos, y un día, una muchacha vió a Moniyala copular con el perro en la playa. Se suscitó un escándalo; el predicador misionero indígena llevó el asunto ante el presidente blanco, que condenó a Moniyala a seis meses de prisión. Después de su liberación, Moniyala se contrató en una plantación lejana y permaneció durante varios años en Nueva Guinea. A su regreso, se mostró capaz de sostener con desfachatez su falta; pero todo el mundo parece convencido de que en otro tiempo no hubiese podido escapar al suicidio. Los indígenas estiman unánimemente que un perro es peor que un cerdo, por ser más sucio."

A juzgar por las narraciones y juicios de otros investigadores acerca del mismo asunto, parece ser que en ninguna otra parte de Oceanía existe tanto desprecio hacia el bestialismo, hasta el extremo de considerar al suicidio como la mejor fórmula de expiación del gravísimo delito cometido con un animal. Precisamente el cerdo, sea macho o hembra, figura en el "folklore" de estos pueblos—no de todos—como un sustitutivo de la mujer en circunstancias determinadas, especialmente cuando está prohibido el adulterio, o la esposa se encuentra embarazada o amamantando a un hijo. Esto mismo se observa en los países donde la poligamia está permitida, pero cuando el marido carece de recursos para comprar o mantener a otra mujer.

En Annam, Cambodge, Siam y otros países del Sur de Asia, a pesar de que la libertad sexual es tan amplia como quiera el hombre—para las mujeres existen restricciones muy severas—, el bestialismo, practicado con toda clase de animales, es disculpable, sobre todo en los muchachos jóvenes y pobres. No obstante, si el individuo está casado y puede disponer de su esposa, puede ser demandado por ésta por adulterio.

El adulterio de la mujer se castiga de muy distintas maneras; hay unos caballos especialmente educados para este fin, a los que "se entrega" a las adúlteras, obligándolas, por así decir, a cometer el bestialismo. Mondière habla de estos bárbaros suplicios de los que la mujer escapa con vida excepcionalmente.

Ya hemos hablado en otra ocasión de la estrecha relación que en casi todos los pueblos existe entre la mujer y la serpiente. Prescindiendo del mito del pecado original, en muchos pueblos primitivos se cree que la primera mestruación es debida al coito practicado por las vírgenes con la serpiente y otros reptiles; incluso del cocodrilo se dice que rapta a las muchachas que acuden a la orilla de los ríos, secuestrándolas y gozando sexualmente con ellas hasta que están iniciadas en los placeres del amor.

Martín Schurig publicó su célebre *Ginecología*, en el año 1780, presentando una abundante colección de casos de aberraciones de esta naturaleza. Dice que la mujer practica la sexualidad con toda clase de animales, incluyendo a los osos, los monos y los peces. Bloch dice que en la antigüedad "eran las culebras objeto de deshonestidad en las mujeres, a las que hacían las veces de los perritos falderos de hoy día"; en el primer volumen de esta colección hemos hablado de un caso de deshonestidad con una serpiente, si bien no en la forma en que se utilizan los perros, sino por medio de un mecanismo de roce clitoridiano, es decir, de masturbación.

El citado Iwan Bloch dice que "por la frecuencia de estas aberraciones disfrutan de la peor fama China e Italia; en la primera son los gansos y en la segunda las cabras los animales preferidos para los abusos sexuales".

En China es muy frecuente servirse de los gansos y de las

gallinas, y esto a la vista del público, especialmente en los distritos rurales. Respecto de Italia se dice que en el Sur, y muy particularmente en Sicilia, la bestialidad entre los campesinos y los cabreros es una costumbre nacional. Mantegazza dice en uno de sus libros que en una ocasión le visitó un joven cabrero de la región de los Montes Apeninos para que le diese un remedio para su enfermedad. Era un perturbado por la dispepsia y diferentes síntomas nerviosos, el cual le manifestó que aquellos trastornos obedecían a los excesos sexuales que realizaba con frecuencia con las cabras encomendadas a su guarda. En una obra del sexólogo alemán Fuchs se reproduce un grupo en mármol, de magnífica ejecución, representando a un sátiro copulando con una cabra, hallado en las ruinas de Herculano, y que se conserva actualmente en el museo de Nápoles. Dicho autor cree que esto simboliza tal vez una costumbre tradicional y primitiva de los cabreros.

Otro investigador, Bayle, cita varios autores acerca de los auxiliares italianos en el mediodía de Francia en el siglo XVI, y de sus costumbres de traer cabras y de usarlas con este fin. Warton, en el siglo XVIII, supo que en Sicilia los sacerdotes preguntaban habitualmente a los porqueros, cuando iban a confesarse, si habían tenido que ver con sus cerdas. En Normandía, los sacerdotes tienen el encargo de hacer la misma pregunta. La bestialidad parece ser en los distritos rurales un pecado muy común, que se confiesa a los sacerdotes (Ellis).

En la Europa Occidental, especialmente en los países escandinavos, Norte de Rusia, Finlandia, etc., los renos hembras sustituyen a las mujeres de los caminantes y pastores, mientras que ellas se satisfacen con los perros que se emplean para el arrastre de los trineos.

En el Brasil es muy frecuente la bestialidad de la mujer practicada con monos perfectamente domesticados para esos fines. Castelnau dice que, hallándose de viaje por el río Amazonas, vió un enorme mono Coatí, perteneciente a una muchacha india, tratando de comprarlo. Para conseguir al animal llegó a ofrecer a su dueña una importante suma, pero la mujer acogió la proposición con risas negativas. Un indio, entonces, le dijo a Castelnau: "Sus esfuerzos son inútiles; no quiere vender el mono porque es su esposo."

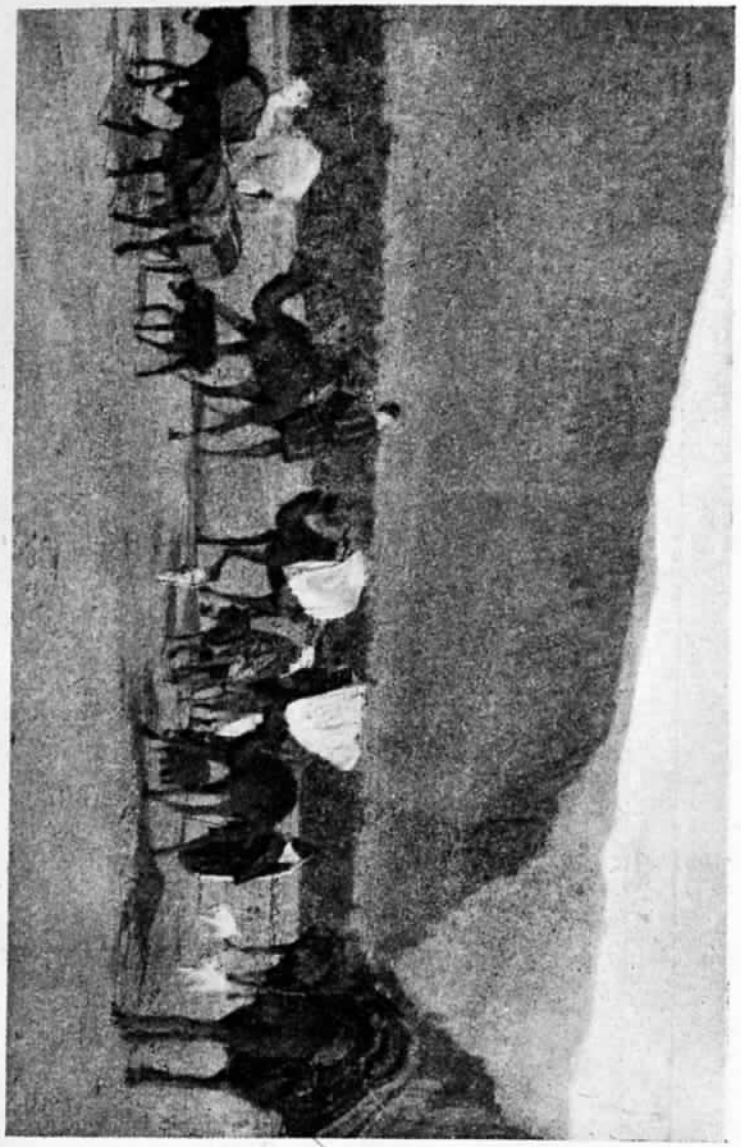
Algunos indígenas que viven en las cercanías de las grandes ciudades del Brasil semisalvaje, se dice que se dedican a la cría y educación de monos especiales para satisfacer el erotismo de las mujeres



EL GORILA

Estos animales, lúbricos como todos los simios, han llegado a raptar mujeres, con las que practicaron actos sexuales normales. La ciencia no ha investigado con detenimiento estos interesantes casos de «humanismo» de estas bestias.

LAMINA I



LA BESTIALIDAD ENTRE LOS ÁRABES

Los libros santos de los musulmanes admiten la práctica del bestialismo cuando el hombre no puede disponer de una mujer. Durante las travesías del desierto, la camella sustituye a la mujer.

LAMINA II

que no saben emplear procedimientos contraconceptivos menos bestiales.

Acerca de las relaciones sexuales entre mujeres y monos se han escrito muchas historias por los novelistas, pero los viajeros han referido casos auténticos que no siempre inspiraron la misma fe.

Por razón "casi" natural, el mono, en sus distintas especies, y particularmente los mayores, parece que ha de ser el sustitutivo preferido por la mujer a falta del hombre o por temor al embarazo. He tenido ocasión de comprobar que los autores que han estudiado con más interés la bestialidad raramente se refieren a este aspecto entre la mujer y nuestro ascendiente, el mono, aunque no han sido, ni son, raros estos fenómenos

Un practicante de Veterinaria, que permaneció muchos años prestando sus servicios en un circo ambulante muy conocido, refiere que en una ocasión un chimpancé inteligentísimo destrozó a zarpazos y dentelladas a un muchacho de diecisiete años, que figuraba entre los artistas. El caso, al ser conocido en todos sus detalles, reveló la existencia de unas relaciones muy íntimas entre el chimpancé y una equilibrista, mujer de temperamento enérgico y ligeramente masculinizada. Un día fué sorprendida la artista practicando el coito con el animal, y en forma que se creyó que su amante era un hombre. El descubridor del hecho se ocultó tras de unos telones, con intención de saber quién era el amante; pero sólo vió salir de la habitación a la mujer acompañada del chimpancé. Aún permaneció unos minutos esperando que saliera el hombre; pero, cansado de aguardar, fingió un pretexto para entrar en la habitación donde él creía que aún estaba el amante de la equilibrista. En efecto, penetró en la estancia y no vió hombre alguno, por lo que supuso que el "hombre" no era nadie más que el mono.

Dispuesto a corroborar sus sospechas, puesto que no acababa de creer en lo que había visto, montó un verdadero servicio de espionaje en combinación con otros dos compañeros, no tardando en convencerse de que la artista y el chimpancé estaban en la mejor inteligencia sexual.

Cierto día, la equilibrista aceptó las proposiciones del muchacho a que nos referimos, y, en efecto, hizo cornudo al animal. Este debió sentir en su alma selvática la violencia de los celos, y una tarde, ya casi de noche, asaltó al joven, causándole tan graves heridas que falleció pocos días después.

En la Guinea española dicen que hace algunos años ocurrió un

suceso de esta naturaleza: una mujer blanca fué asaltada por un enorme mono cuando hablaba con un amigo. El hombre no pudo evitar que la fiera causase lesiones graves a la joven, pero aún tuvo tiempo de matarle a tiros antes de que la hiciese más daño. Parece ser que el mono había vivido en domesticidad durante dos años, en cuyo tiempo cobró gran cariño a la mujer; se escapó un día y no se volvieron a tener noticias del animal, aunque hay quien aseguraba que entre ella y el mono habían existido relaciones inconfesables.

Otro caso, bastante más terrible, es el que se refiere de un gorila que en el Congo Belga tuvo secuestrada a una muchacha durante tres años.

Se trataba de la hija de un colono, bella criatura de diecisiete años de edad, que acostumbraba a cazar en el bosque inmediato a la factoría en que habitaba en unión de sus padres. Un día, como la ausencia de la joven se prolongase demasiado, puesto que tenía por costumbre regresar más temprano, el padre resolvió salir en su busca, acompañado de cuatro indígenas que conocían perfectamente el terreno. No bien se habían internado en el bosque unos centenares de metros, encontraron el rifle de la muchacha, su salakof y unos pedazos de su traje de amazona.

Inmediatamente se pensó en la posibilidad de que hubiese podido ser raptada por unos indígenas que estuvieron al servicio del colono y a quienes éste despidió por su mala conducta. Seguro el blanco de que las cosas habían ocurrido de esa manera, denunció el hecho a las autoridades, que en seguida se pusieron en campaña, deteniendo a los sospechosos. Se registraron las chozas de los poblados indígenas inmediatos, practicándose numerosas detenciones, pero sin resultado; la joven no aparecía por ninguna parte, ni pudo encontrarse de ella el menor rastro.

Se pensó en que hubiera podido ser devorada por las fieras, muy escasas en aquellos lugares, pero los detenidos reconocimientos que se llevaron a cabo en una gran parte de la selva tampoco arrojaron el menor rayo de luz en aquel misterio.

Ya se habían perdido todas esperanzas y hasta los padres llevaron luto por su infortunada hija, cuando, al cabo de tres años, un indígena dijo que había visto en el bosque a una extraña criatura, que no era animal ni mujer, aunque tenía los cabellos muy largos. Al principio no se prestó atención a las manifestaciones del negro; pero como otros indígenas asegurasen que también habían podido ver a

aquel extraño ser, se organizó una batida que dió por resultado el hallazgo de la joven desaparecida hacía tres años.

Se encontraba en un estado lamentable. Había perdido la razón y su aspecto más bien parecía el de una bestia que el de un ser humano. Presentaba numerosas cicatrices en distintas partes del cuerpo y su piel se había tornado áspera y rugosa, más por la suciedad que la cubría que por los efectos de haber vivido a la intemperie durante todo aquel tiempo.

Al cabo de algún tiempo de constantes cuidados y de un tratamiento inteligente en un sanatorio alemán, la infortunada joven recobró la razón. Manifestó que tenía un lejano recuerdo de todo lo acaecido, dando algunos detalles acerca de cómo vivió durante aquel tiempo. Cuando estaba cazando fué apresada por un enorme gorila, que, sin causarle el menor daño, la condujo a lo más intrincado de la selva. Tres veces trató de evadirse y las tres fué nuevamente apresada por el bruto; la tercera la produjo las lesiones, cuyas cicatrices conservaba indelebles en su cuerpo.

El animal practicó el coito varias veces con su víctima, causándoia profundos desgarros en la vulva y la vagina. Dice que en una ocasión, después de efectuada la brutal cópula, el animal la arrojó violentamente contra el suelo, a consecuencia de cuyo golpe cree que debió perder la razón. No obstante, algunas veces llegó a experimentar cierto placer bajo aquellas espantosas caricias, pero de todo esto tenía una idea muy vaga. Manifestó que el animal la trataba, en ocasiones, con mucha dulzura, hasta el punto de mecerla en sus brazos como una madre pudiera hacerlo con su hijo.

Acerca de su liberación no pudo facilitar detalles ciertos, aunque creía recordar que el gorila se cayó una vez desde la parte más elevada de un árbol altísimo, rompiéndose las dos patas, puesto que no podía andar más que arrastrándose, profiriendo grandes rugidos que debían ser de dolor y de impotencia. Cuando el animal se hallaba durmiendo en esta situación, ella procuraba poner a su alcance algunas frutas, pero jamás volvió a aproximarse a la fiera por temor a morir entre sus terribles zarpas. Quiere recordar que vagó por la selva durante varios días, alimentándose de frutos y raíces, ya que había aprendido a trepar a los árboles con gran facilidad. No recuerda nada de la forma en que fué recogida, y, por último, desconfiaba bastante de que pudiera ser cierto cuanto había relatado.

En efecto, los médicos no concedieron demasiado crédito a aquellas afirmaciones en vista del estado mental de la joven, pero, de

todas formas, todo cuando refirió podía admitirse como verosímil, pues algunas mujeres indígenas que fueron apresadas por gorilas, aunque en seguida lograron librarse de la esclavitud de la bestia, afirman que estos animales son extraordinariamente lúbricos. En una ocasión fué encontrado el cadáver de una indígena, que fué muerta por un gorila, el cual la fracturó la columna vertebral, seguramente a consecuencia de un terrible abrazo. El cadáver presentaba grandes desgarros vulvares y perineales, amén de profundas heridas en la vagina y el recto, pero que no podían ser consideradas como mortales de necesidad. En los países donde existen estos grandes monos, se dice que muchas mujeres gustan de entregarse a sus caricias. (Lámina I.)

El escritor francés Louis Noir describe en una de sus novelas el rapto de dos jóvenes sudanesas por un gorila, a cuyas caricias se sometían de buen grado sin experimentar ni repugnancia ni miedo. De Chaillu, un viajero que recorrió diversos países africanos, describe el amor apasionado de un gorila por varias negras, e incluso refiere que se celebraban matrimonios regulares entre estas bestias y las muchachas indígenas, que preferían las caricias vigorosas del mono a las delicadas de los hombres. Otros muchos literatos y viajeros describen casos parecidos, y en esos países no es raro escuchar narraciones referentes a hechos de la misma naturaleza.

Aparte de que la fantasía del literato o del viajero puede en muchos casos exagerar la realidad de los hechos, existe un detalle que sin duda alguna no puede haber pasado desapercibido para aquel que haya permanecido junto a la jaula de los monos de cualquier parque zoológico nada más que unos momentos: la lubricidad de que dan muestra estos animales cuando ven a una mujer. Claro es que en este caso no es lícito hablar del bestialismo de la mujer, sino, más bien, valga la frase, del "humanismo" del mono; pero sucede muchas veces, según testimonios de mujeres, que esas maniobras masturbadoras de los simios representan un elemento de excitación sexual para algunas de esas espectadoras.

Los hermanos Goncourt dicen en su célebre *Diario*: "Cada vez que se me ocurre ir al jardín zoológico me sorprendo al ver cuántos tipos indefinibles de mujeres raras, excéntricas y exóticas se encuentran allí, a las que el contacto con la animalidad en aquel sitio parece capacitar para las aventuras del amor físico."

Lo que puede asegurarse, según testimonios merecedores del más entero crédito, es que muchas mujeres, especialmente en los países

...donde se crían los monos, se sirven de estos animales para la satisfacción de su sensualidad. En los países malayos, sobre todo, es sabido que los monos, que siempre acompañan a las muchachas jóvenes de las familias más distinguidas, tienen con sus dueñas relaciones sexuales. En otros pueblos salvajes ocurre lo mismo, y otro tanto ocurre en los civilizados; no hace muchos meses fué asistida en un centro benéfico una sirvienta, la cual presentaba diversas lesiones que dijo se había producido al caer sobre un rollo de alambre de espinos. Pese a su declaración, pudo comprobarse, sin lugar a dudas, que las heridas habían sido causadas por un mono, "al que quiso forzar para que cohabitase con ella". El animal, según refirió un testigo de la escena, era un chimpancé de setenta centímetros de talla, que había en un laboratorio destinado a la experimentación científica, al cual se había practicado la ablación de los testículos con el fin de reducir su ferocidad selvática. La muchacha llevó al mono a su habitación, engañándole con nueces, y allí intentó "violarle" repetidas veces. Como el chimpancé no mostrase deseos de acceder al capricho de la joven, ésta, que le creía más débil, quiso echársele encima y forzarle de tal forma que el animal se defendió con uñas y dientes de aquel atentado a su forzosa castidad.

En la Edad Media la bestialidad era muy frecuente en los países cristianos de Europa, o, por mejor decir, en Europa entera. En los penitenciales del siglo XIII se dictaban las penas que habían de aplicarse, así como las penitencias a cumplir por "los obispos, sacerdotes y diáconos que cometieran el pecado de bestialidad". En los siglos XV y XVI parece ser que el tema favorito de los predicadores era la condenación de la bestialidad, lo que prueba la extensión que habían alcanzado estas prácticas contra Natura.

En el Penitencial de Egberto, que data de los siglos IX y X, se fijan las penitencias de esta forma: "A los obispos que forniquen con cuadrúpedos, siete años; si reincidieran, diez años más; cinco a los presbíteros, tres a los diáconos y dos al clero." Un autor dice que había gran variedad en las penas impuestas con este motivo, oscilando desde diez años hasta (en el caso en que fuesen niños los autores) cien días, mencionándose especialmente a las yeguas. En el Penitencial de Teodoro, otro documento anglosajón de la misma época, se imponen diez años de penitencia a los que fornican habitualmente con animales. De otro penitencial, anterior al siglo XI, se deduce que, para la fornicación con una yegua, cometida por un [illegible] era suficiente un año de penitencia (la misma pena que se

imponía por fornicar con una viuda o con una virgen) y esta pena se rebajaba a la mitad si el culpable no tenía esposa. El Penitencial Hubertense fija en diez años la penitencia impuesta por la sodomía o la bestialidad, y el de Buchard, que siempre es detallado y preciso, menciona taxativamente la yegua, la vaca y el asno, e impone cuarenta días a pan y agua y siete años de penitencia, que se elevan a diez años tratándose de un casado. A las mujeres que tienen trato con caballos les impone el Penitencial de Buchard siete años de penitencia. (De Haddon, Stubbs y Wasserschleben.)

Ellis dice: "La extremada severidad que solía mostrarse a aquellos que resultaban culpables de este delito debíase indudable y principalmente al hecho de que la bestialidad se consideraba como una especie de sodomía, falta que se miraba con místico horror, aparte de los daños que podía acarrear, desde el punto de vista social o personal. Los judíos sintieron este horror; ordenábase que el pecador y su víctima fuesen muertos (1).

"En la Edad Media, especialmente en Francia, prevalecieron las mismas leyes. Hombres y cerdas, hombres y yeguas, hombres y monos fueron quemados juntos. En Toulouse fué quemada una mujer por haber tenido trato con un perro. Incluso en el siglo XVII Claudio Lebrún de Rochette, sabio jurisconsulto francés, demostraba la justicia de estas sentencias. Parece probable que aun hoy día no se concede, en la actitud social y legal, con respecto a la bestialidad, la suficiente importancia al hecho de que este delito se comete generalmente, ya sea por personas morbosamente anormales, ya sea por individuos de tan bajo nivel intelectual que se hallan en la frontera de la imbecilidad. En qué medida y con qué fundamento debe ser castigado este delito, es cuestión que exige serias meditaciones."

No cabe duda que en los tiempos pasados se concedía más importancia a estos hechos que en la actualidad. Antes eran los sociólogos, por un lado, y los teólogos, por otro, quienes condenaban estas prácticas tan arraigadas en la época del máximo dominio de la Iglesia; pero no por la inmoralidad del hecho, sino exclusivamente en virtud de la persecución encarnizada que las autoridades eclesiásti-

(1) Exodo, capítulo 22, versículo 19: «Cualquiera que tuviere ayuntamiento con bestia, morirá.» Levítico, capítulo 20, versículo 15: «Y cualquiera que tuviere cópula con bestia, ha de ser muerto; y mataréis a la bestia.» Versículo 16: «Y la mujer que se allegare a algún animal, para tener ayuntamiento con él, a la mujer y al animal matarás: morirán infaliblemente; será su sangre sobre ellos.»

cas mantenían contra todas las manifestaciones de la sexualidad, fueran lícitas o ilícitas. La prueba está en que las penas impuestas a los religiosos eran bastante menos graves que las que se aplicaban a los seglares; entre estos últimos no se establecían distinciones de sexo y hasta se observa que las mujeres sufrían más que los hombres el rigor de las disposiciones teológicas. Al principio hubo cierta tolerancia para los hombres que no tenían esposa, pero más tarde todos fueron medidos por el mismo patrón. La misma penalidad tenía el hombre que fornicaba con una yegua que el que lo hacía con una viuda o con una virgen; luego lo que era contrario a las leyes de la Iglesia no podemos decir que fuese el bestialismo, sino la fornicación. Desde luego, aunque en otros pueblos se establecieron penas para castigar el bestialismo, nunca se llegó al extremo de comparar a la mujer con las bestias. Hoy, en nuestra civilización, se da el caso curioso de que el hombre que practica el bestialismo se hace acreedor a la repulsa unánime, mientras que el que desfiora a una mujer no es mirado con igual desdén.

LAS ESCENAS DE COPULACION DE LOS ANIMALES

El impulso sexual infantil.—La influencia de las escenas de copulación en la imaginación del niño. La fascinación independiente del conocimiento.—El «cunnilingus» de dos perras.—Revelación del impulso sexual.—Como origen de la masturbación. La copulación de las moscas, como excitante sexual.—La de las hormigas —Zoofilia mixoscópica. Sueños zooerásticos.— Psicología.— La enamorada de los leones.—La masturbación de los animales.

Volvemos a repetir que en la vida sexual humana, ya sea normal o anormal, los sucesos de esta índole acaecidos en la edad infantil, antes de diferenciarse el impulso procreador, tienen la máxima importancia. La formación de la *vita sexualis*, como decían los latinos, depende, a veces, de los hechos más nimios. En ningún aspecto de la vida puede aplicarse con más exactitud el aforismo que dice que las pequeñas causas engendran grandes efectos.

Antiguamente se creía que el desarrollo del impulso sexual sólo empezaba a manifestarse en la edad púber, es decir, cuando el individuo podía ser apto para las funciones reproductoras. Un niño que antes de llegar a esa edad diese pruebas de cierta actividad erótica se exponía a recibir tremendos castigos, tales como esos cien días de penitencia de que hablan los penitenciales citados, cuando se comprobaba que la criatura practicaba la bestialidad.

Es muy posible—seguro, por mejor decir—que el niño practicase estos actos sexuales instintivamente, de una manera espontánea ; es decir, sin que jamás hubiese presenciado el acto del coito, desconociendo en absoluto cuáles pudieran ser las sensaciones obtenidas mediante el ayuntamiento sexual. Yo pudiera citar múl-

tiples casos de desarrollo precoz del impulso sexual, en los que los pequeños actores, niños o niñas, se manifestaban de una manera espontánea e inocente, libres de todo deseo «pecaminoso», y como obedeciendo a una causa natural y lícita, tan simple como el acto de evacuar cualquier necesidad fisiológica, y, más aún, menos importante que eso.

Hoy, afortunadamente, todos los observadores han demostrado que la existencia de una sexualidad normal infantil es un hecho indiscutible de gran interés. Un autor contemporáneo, el doctor Hesnard, dice: «Es imposible llegar a la comprensión psicológica de los hechos, siempre oscuros y algunas veces enigmáticos, de la vida sexual sin investigar antes en todas las primeras manifestaciones del niño: el fin de esta psicología genética es encontrar en el origen de la evolución afectiva de un individuo las condiciones psicobiológicas fundamentales de sus transformaciones instintivas ulteriores sucesivas".

No cabe duda que una multitud de fenómenos psicológicos observados en el adulto, y que no pueden explicarse por el análisis ordinario, se aclaran de manera terminante cuando se procede a reconstituir los aspectos desatendidos durante las primeras edades de la vida. Para un observador siempre le será fácil apreciar que la conducta del niño durante los cuatro o seis años primeros de su vida es puramente instintiva, lo que no puede decirse del adulto a no ser que le falte la razón; la razón, pues, es, hasta cierto punto, el cáñamo, la materia prima que sirve para confeccionar el ropaje que cubre las desnudeces del instinto. Claro es que, desde el punto de vista de la sexualidad, las diferencias existentes entre el niño y el adulto están en la falta de madurez de las glándulas sexuales, de los órganos genitales y de los demás caracteres morfológicos. No cabe duda que la sexualidad o el impulso sexual del niño están indiferenciados o son difusos, pero casi toda su afectividad se orienta hacia el sexo, de donde se deduce fácilmente que su actividad afectiva es casi siempre erótica.

Algunos autores contemporáneos, sin duda escasamente documentados, niegan que las tendencias afectivas del niño se orienten en el sentido de la sexualidad, «a no ser que se trate de individuos perversos o neuropáticos». Este concepto, a todas luces erróneo, rechazado, en primer lugar, por los psicoanalistas, fué algo así como la base fundamental en que se apoyaron los antiguos investigadores de la psicosexología.

Aun suponiendo que—como ocurre en infinitos casos—la criatura no haya tenido nunca ni la más remota idea de la sexualidad, hay que admitir el principio fundamental de que el instinto sexual, normal o anómalo, existe en él desde los primeros días de la vida. Sin profundizar demasiado en las definiciones freudianas del autoerotismo del niño de pecho, está ampliamente demostrado que los casos de masturbación en niños de un año son frecuentísimos. El despertar de estas inclinaciones, vamos a suponer que no sea instintivo; es decir, como si obedeciesen los hechos autoeróticos al imperativo del impulso incontenible de un erotismo desbordado; esto no puede ocurrir así, porque la tumescencia se opera en una gran medida, en virtud de la acumulación de las secreciones glandulares, lo que resulta imposible en el impúber y más aún en una criatura de hasta seis años, que muy difícilmente puede ser sensible a determinadas impresiones plásticas.

Si se masturba un niño de pecho, como ya hemos dicho al referirnos a la masturbación, puede ser, como es frecuente, porque al llevarse la manita a los genitales, bien instintivamente o bien porque algún cuerpo extraño le produzca picazón, descubra sensaciones voluptuosas o encuentre un alivio en sus molestias que él sólo puede eliminar. Así, pues, sea como sea, bien por medio de los hechos contenidos en la razón del psicoanálisis, o, en último caso, en virtud de esos mecanismos obedientes a causas fisiológicas, es el caso indubitable que el impulso primitivo se revela casi siempre en edades muy tiernas.

Desde esa edad de cinco o seis años, un niño normal y sin ninguna tara neuropática se convierte, como hemos dicho, en un ser instintivo. En esta época ya empieza a darse cuenta de muchos sucesos sexuales, en cuyos misterios no puede penetrar. Esta curiosidad resulta considerablemente aumentada—mejor diríamos agravada—ante el secreto con que las personas mayores procuran envolver unos hechos que, naturalmente, no deben aclararse al niño en todos sus aspectos. Tales reticencias, esas explicaciones poco satisfactorias que se dan a la criatura, no pueden convencerle más que a medias, y comoquiera que su imaginación no se detiene nunca, nunca tampoco se da por convencido.

Añádase a esto que la sociedad del pequeñuelo con otros niños mayores y mejor informados de tales cuestiones; únase a ello las frases o palabras sueltas que habrá escuchado, en el mejor caso, referentes a su presencia cuando las personas mayores

hablen de todo lo que se refiere a la sexualidad, y todo contribuirá a afirnar más su atención hacia esos hechos cuyo conocimiento se le veda sistemáticamente.

Nos hemos apartado un tanto del motivo del tema presente, pero sólo para insistir una vez más sobre este punto interesantísimo de las primeras emociones sexuales de la infancia, que tan frecuentemente determinan la mentalidad sexual del individuo adulto.

El bestialismo, ya es sabido, no es posible que tenga sus orígenes en causas antropológicas: es una perversión del impulso sexual que se adquiere e incluso que puede heredarse, pero que nunca obedece a un movimiento espontáneo, como ocurre en otras variedades de la sexualidad anormal. Ahora bien, la adquisición de esta tendencia se verifica casi siempre en la edad infantil, o sea cuando el impulso no está diferenciado ni la razón tiene energías suficientes para oponerse a la influencia de determinados hechos que impresionan fuertemente la imaginación, por afectar a la esfera de ese impulso primitivo que nace con todos los seres.

Esa misteriosa fascinación que sobre la mentalidad de los niños de ambos sexos ejercen todos los hechos que se relacionan con la reproducción de las especies animales es algo que se nos ofrece inevitable. La copulación de las bestias llama siempre la atención del niño, por la razón sencillísima de que de esta forma se les revela un hecho que siempre se les ocultó incluso con la amenaza de castigos si llegaron a insistir en sus demandas de explicación de dichos sucesos.

El interés de los niños por estas escenas de la copulación de los animales no es sólo por lo que en sí representa el espectáculo plásticamente considerado; esto puede observarse aun en niños que jamás mostraron el menor interés por conocer las cuestiones sexuales e incluso en otros que quedaron completamente satisfechos de las explicaciones que recibieron, naturalmente, absurdas. Un autor dice que se trata de un secreto cuya reverberación sienten en lo más íntimo, «e incluso en los niños perfectamente inocentes, la vista puede producir una oscura excitación sexual".

El siguiente caso, que me ha referido el ama de llaves de un compañero, es una ilustración típica de este fenómeno. Tenía esta mujer apenas diez años de edad cuando, encontrándose en el colegio de su pueblo, cerca de una ventana, vió por primera vez —o por lo menos, nunca hasta entonces lo había advertido—que una perra propiedad de su padre lamía los genitales de otra de un pariente suyo. La chiquilla prestó gran atención a esta escena, viendo cómo la perra «safizada» permanecía quieta, prestándose pasivamente a las caricias de su congénere. Al cabo de unos minutos de observar aquella escena se llevó la niña la mano a los genitales, lo cuál la produjo una sensación voluptuosa que nunca había experimentado.

Durante todo el día no pudo olvidar lo que había presenciado, y cuando, por la tarde, salió de la escuela propuso a una amiga de su edad "jugar a las perras". Parece que la proposición no desagradó a su amiguita y, en efecto, la pequeña se dispuso a ejecutar con la proponente lo que de ella solicitaba, delante de otras varias muchachas que "querían aprender el juego". Refiere que la primera vez no experimentó más que una agradable sensación, pero que a los dos o tres días volvió a repetir el juego, desempeñando el papel activo, en cuya ocasión sintió verdadero placer. Una persona mayor las vió en esta actitud y el juego se resolvió en una azotina mayúscula, que la propinó su madre, la cual la amenazó con decírselo al padre para que castigara con más rudeza su pecado, "que sólo cometían las mujeres golfas".

Lejos de arrepentirse de lo que habían hecho, las chiquillas practicaron varias veces el safismo recíproco, pero teniendo cuidado de esconderse donde nadie pudiera sorprenderlas. Esta perversión tan precoz, que empezó por un juego, se convirtió en verdadera pasión de esta mujer hasta bien entrada la pubertad; pero cuando efectuó el coito varias veces, se curó completamente del vicio, hecho que prueba su artificiosidad.

Este caso, como se ve, no puede decirse que sea de bestialidad, pues aun cuando la niña recibió las primeras impresiones eróticas en virtud de la escena que había presenciado, no pensó nunca en que una perra pudiera ejecutar con ella lo que había visto entre aquellas dos hembras. No obstante, lo hemos citado como apoyo de la afirmación que hace el autor anteriormente aludido, refiriéndose a la excitación sexual que puede producir en el niño la visión de escenas de copulación entre los animales.

El siguiente, citado por un psicólogo en su autobiografía sexual, y referente a cuando contaba sólo seis años, es bastante más curioso, y también con cierto tinte de homosexualidad: "Tuve mi primera idea de la relación sexual—dice—al ver cómo copulaban los animales; pero mis facultades de observación debieron ser limitadas,

cuando suponía yo que el pene del macho penetraba en el ano de la hembra. Al observar el coito de los animales experimentaba yo gran excitación sexual y sensaciones lujuriosas, no solamente en las partes genitales, sino, al parecer, en el ano. A menudo me excitaba imaginando que desempeñaba yo el papel de hembra, combinación especial de pederastia pasiva y bestialidad. Una criada desvaneció el error de mi observación, pero descuidó aplicar el principio a los animales humanos, y permanecí un año en completa ignorancia de la estructura de los órganos sexuales femeninos y de la relación entre el hombre y la mujer. Entretanto, cultivé mis fantasías de relación con animales, a veces imaginando perversamente que desempeñaba yo el papel de hembra; y la noción de esto se hizo tan familiar para mí que me parecía posible y hasta deseable. Esto es muy significativo, en vista de ulteriores desarrollos."

Otro caso que revela la importancia que tiene la visión por un niño de animales practicando el coito es el de una criatura de siete años, que, habiendo permanecido interno en un colegio laico, pasó una temporada en un pueblo. Un día vió el niño cómo un asno trataba de cubrir a una hembra, y entonces experimentó cierto placer que nunca había conocido. Regresó a su casa, y como viera a una de las criadas que estaba fregando los suelos, se acercó a ella, imitando los mismos actos que vió hacer al asno. La muchacha le reprendió, y como no le permitiese hacer aquello, el pequeño le suplicó que le dejase "porque le daba mucho placer". Naturalmente, no le hizo caso, por lo que el niño propuso a su madre que accediese a someterse a su capricho.

El primer y el tercero de los casos anteriores son demostración clara de que el instinto sexual normal puede revelarse en los niños ante el espectáculo de la copulación animal, sin ulteriores consecuencias de bestialidad. Esto mismo sucede con frecuencia en personas mayores que no tienen experiencia sexual e incluso que desconocen dicho impulso, especialmente en las mujeres.

Al efecto, creo que la exposición de los casos siguientes, unos observados y otros reproducidos, de autores que merecen entero crédito, demuestran con toda exactitud la influencia que en la sexualidad ejercen dichas escenas.

Una joven de diecisiete años, completamente normal, que menstrúa con regularidad desde los catorce, hecho que conoció anteriormente explicado por su madre y sin asociación erótica alguna, sino como una función fisiológica natural, ignoraba por completo cómo

pudiera practicarse el ayuntamiento sexual. En algunas ocasiones, especialmente los dos o tres días anteriores a la aparición de las reglas, experimentaba cierta excitación de marcado carácter erótico, mostrándose inquieta, con dolores de cabeza, irritable e inapetente. Este malestar pasaba tan pronto como se presentaban las reglas para no reaparecer hasta cuatro semanas más tarde.

Un día, por primera vez en su vida, vió copular a dos perros. La joven se hallaba próxima a la presentación de la regla. Ante aquella escena sintió la misma sensación de malestar acostumbrada, pero de una forma que ella asegura que fué instintiva: se llevó la mano a los genitales, que encontró bañados en una mucosidad abundante y espesa. Como aquella caricia le agradase, siguió practicándola hasta obtener las máximas sensaciones.

Más tarde, meditando sobre aquel suceso transcendental de su vida, procuró informarse de la razón que había para que experimentase placer frotándose la región vulvar, hasta que, al poco tiempo, se dió cuenta de todo, comprendiendo la ignorancia en que había vivido acerca de aquellas cuestiones. Considera esta joven, casada y con hijos, que, a no ser por la escena de los perros, hubiera permanecido ignorante de las voluptuosidades eróticas.

Un tratadista refiere que una señora le había manifestado que, siendo niña tuvo sus primeras emociones sexuales observando los coqueteos de los gatos.

Otro caso, referido por el mismo autor (Ellis), es el siguiente: "Una señora menciona que, teniendo veinticinco años, y cuando ignoraba todavía las cosas sexuales, vió desde una ventana a unos niños que hacían cosquillas a un perro y producían excitación sexual al animal; ella adivinó vagamente lo que estaban haciendo, y cuando la conducta de aquellos muchachos le causó disgusto, experimentó lo que ahora sabe que es excitación sexual."

También se refiere el caso de una monja hiperestésica, "a quien siempre excitaba la vista y hasta el recuerdo de las moscas copulando (¡ !), de modo que se veía precisa a masturbarse; esto le ocurría desde la infancia". Después de ser monja recordaba haber experimentado esta sensación, seguida de masturbación, más de cuatrocientas veces. El doctor Mac Donald dice que un muchacho de catorce años no podía resistir al deseo de masturbarse cuando veía dos moscas copulando. Y yo recuerdo que, siendo niño, un compañero de colegio, que no tendría más de diez años, gustaba de situarse en las inmediaciones de los hormigueros para ver copular a

estos animalitos. Cuando sorprendía a alguna pareja en esta situación, la metía en una caja de fósforos de diez céntimos, cuya tapa había cortado de forma que, colocando un cristal pudiera verse su interior. Mi compañero—hoy es un hombre perfectmente normal y un alto prestigio científico—solía estudiar con la cajita delante, y aunque los insectos no copulasen, con sólo imaginarse el acto se excitaba sexualmente, terminando por masturbarse. Hemos hablado en varias ocasiones de aquellos días infantiles, edad en la que, sinceramente, ninguno ignorábamos cuál era la más elevada finalidad de los sexos, y recordando su extraña manía, asegura que, a la edad de seis, experimentó las primeras emociones sexuales observando la copulación de las hormigas. Empezó a masturbarse, con ánimo de reducir la erección del pene, que algunas veces adquiría una turgencia dolorosa, aunque su deseo, en principio, no era el de producirse otra satisfacción que no fuese aquélla, ya que la fimosis que padecía era origen del dolor de las erecciones.

No cabe duda que la contemplación del coito en los animales tiene que ser interpretada como un símbolo normal de la emoción sexual. En los niños pueden actuar estas escenas como hechos reveladores de la capacidad erótica; y en las personas mayores obran a modo de estimulantes, y, según hemos visto, como revelaciones también.

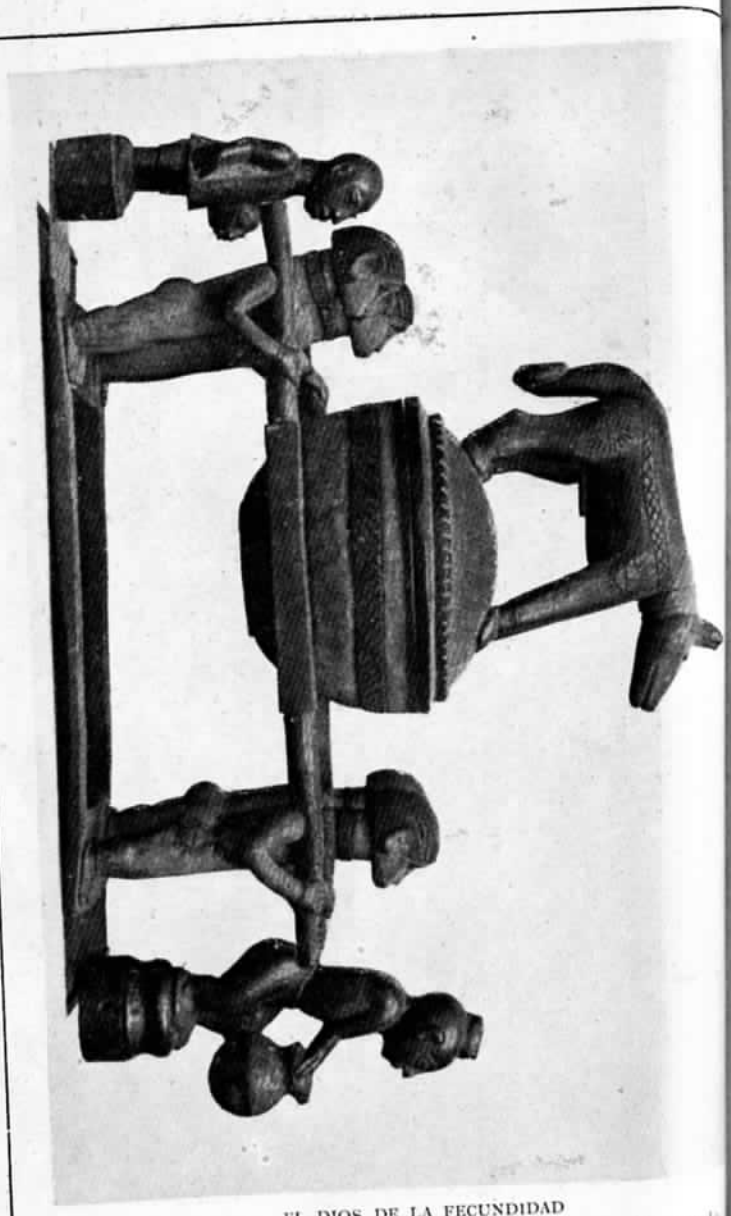
Ya se trate de animales domésticos o salvajes en cautividad, siempre resultan atrayentes para las personas normales esos actos de la reproducción, y a veces, sobre todo cuando se trata de sujetos de temperamento sensible, se puede llegar al extremo de experimentar cierto placer sexual completamente autoerótico o completado por la masturbación. Es lo que pudiéramos llamar *zoofilia mixoscópica*, más frecuente en los niños que en los adultos y muy común en las niñas y las mujeres. De la revista inglesa *Short Lives*, un autor reproduce lo siguiente: "La condesa de Pembroke parece ser que disfrutaba sexualmente con la contemplación de las proezas sexuales de los caballos padres. Aubrey escribe que era muy lasciva y que tenía el capricho de que en primavera llevasen a los caballos delante de una puerta de su casa, desde donde podía contemplarlos. Aun cuando el pudor del moderno editor ha hecho que desaparezcan varias líneas de este pasaje, el sentido general está claro. En el mismo siglo, Purchard, el fiel secretario del Papa Alejandro VI, describe, en su valioso diario, cómo se trajeron a uno de los patios del Vaticano cuatro caballos de raza y dos yeguas, relinchando aqué-



BESTIALIDAD SAGRADA

En Ceylán existe la creencia de que la práctica de la bestialidad cura distintas afecciones y todas las enfermedades venéreas. Estos músicos recorren el país antes de las fiestas.

LAMINA III



EL DIOS DE LA FECUNDIDAD

Los negros del Dahomey consideran al perro como animal sagrado, elevándole a la categoría de dios de la procreación. Suelen celebrarse fiestas en las que las mujeres estériles copulan con los perros.

LAMINA IV

llos por la posesión de éstas y montándolas a veces, mientras el papa y su hija Lucrecia miraban desde una ventana "con gran interés y delectación".

Esta zoofilia mixoscópica se presenta perfectamente clara en los sitios en que tienen lugar las paradas de sementales. Las mujeres presencian estos espectáculos (1) con visible complacencia y fingiendo no prestar el menor interés cuando se hallan cerca de hombres, pero cuando están varias reunidas, las cosas ocurren de distinta manera, según puede apreciarse por el siguiente relato que me hizo una prostituta.

Refiere que se reunían varias jóvenes, de doce a quince años de edad, en la casa de una de ellas, situada en lo que debió ser una fortaleza o tal vez un convento. En este edificio, situado en una capital de provincia próxima a Madrid, tenían lugar las paradas de sementales del Estado en distintas épocas, operaciones que se verificaban en un gran patio, el cual se dominaba perfectamente desde uno de los torreones de la muralla al que se subía por medio de una escalera que se abría en un patio contiguo.

Los días que iba a haber parada, la niña que habitaba en aquel establecimiento, puesto que su padre era un empleado del mismo, avisaba a todas las amigas, y, procurando que nadie las viera, subían muy temprano al torreón, cerrándose por dentro con llave para que nadie pudiera molestarlas.

El observatorio era una alta ventana, por la que se asomaban, turnándose y sirviéndose de una mesa y un cajón. Dice mi informadora que el espectáculo las excitaba a todas extraordinariamente, hasta el extremo de que muchas practicaban el tribadismo. Las conversaciones que mantenían eran verdaderamente indecentes, insultándose unas a otras de la forma más grosera.

Manifiesta que, aunque algunas—ella misma—habían tenido relaciones sexuales con muchachos de su edad, el espectáculo de la copulación de los hermosos caballos con las yeguas las llamaba más la atención que si se hubiese tratado de seres humanos, porque en estas escenas "era de admirar el poderoso ímpetu del macho en contrastre con la dulce actitud de la hembra en celo". Casi todas las espec-

(1) «La copulación de animales mayores es, a veces, un espectáculo impresionante y espléndido, que está, en verdad, muy lejos de ser obsceno, y que agrada incluso a personas de distinción intelectual, pero que en personas jóvenes o de mente desequilibrada tiende a convertirse en perjudicial y morboso.» (Havelock Ellis).

tadoras se masturbaban, y algunas "hubieran querido ser caballo y ninguna yegua". Generalmente, las escenas de esta naturaleza producen en la psicosexualidad del observador una ansiedad homosexual extraña; en la historia de muchos invertidos hay casi siempre escenas de bestialismo que indudablemente desempeñaron en su imaginación un papel importante.

Una niña de diez años vió repetidas veces copular a los conejos que había en una gran jaula, sintiendo evidente excitación sexual. Un día cogió a una coneja, encerrándose con el animal en un granero, donde pudo practicar diversos actos de bestialismo homosexual, pues incluso llegó a safizarla. Asegura esta mujer que al día siguiente, cuando se aproximó a la jaula, la hembra se acercó a la puerta, dejándose coger sin dificultad, prueba indiscutible de que el animalucho experimentaba sensaciones sexuales seguramente de más intensidad que las que de ordinario le procuraba su macho. Lo extraño en este caso, pero que constituye la esencia del amor normal, es que la niña experimentaba tanto placer viendo gozar a la coneja como en virtud de las excitaciones que en ella producían los contactos sáficos y tribádicos.

Los sueños zooerásticos son muy frecuentes, especialmente en los niños, si bien no puede decirse que ocurran espontáneamente, es decir, sin que haya existido de antemano una impresión real.

Está demostrado que todos los hechos más o menos impresionantes de la vida diaria suelen tomar en sueños formas reales, y hasta se comprueba que tales emociones, cuando afectan a la esfera sexual, determinan en muchos casos el proceder del individuo.

En el volumen XXX, al hablar del autoerotismo, hemos hecho referencia a los fantasmas eróticos tan frecuentes incluso en sujetos completamente normales y castos. Por lo general, muchos individuos en estas condiciones, y sobre todo los hombres, sueñan que una mujer deseada toma la forma de una animal cualquiera, generalmente doméstico. Esto ocurre con aquellos que luchan constantemente por obtener los favores sexuales de una mujer sin conseguirlo, lo que llega a constituir una verdadera obsesión.

La transformación de la mujer deseada en animal del mismo sexo—cabra, perra, yegua, ave, etc.—es un fenómeno frecuentísimo que, desde el punto de vista psicológico, tiene una explicación perfectamente comprensible; este curioso e interesante aspecto no ha ocupado jamás la atención de los investigadores.

Se trata de sujetos tímidos la mayor parte de las veces, y el

sueño no es más que la solución de su problema sexual con seres indefensos, que no pueden protestar de la injuria que se les inflige. Esto ocurre solamente en sueños, porque el individuo, bien por escrúpulos de moral o por otros sentimientos parecidos, es también incapaz de cometer el bestialismo real, conformándose con el imaginario. Conozco los relatos de varios individuos, que, después de haber presenciado escenas de ayuntamientos de animales, soñaron con estos sucesos, apareciendo ellos en los sueños como animales, machos o hembras, que practicaban el acto sexual con orgasmo y eyaculación.

Los sueños de esta naturaleza son muy frecuentes en los niños de ambos sexos, muchachas, mujeres, ancianos, etc., que, por cualquier circunstancia, se ven privados del acto sexual normal. Por lo común, este fenómeno se observa en individuos de temperamento sexual débil y de carácter tímido, circunstancias que se encuentran casi siempre en los masturbadores.

Es indudable que en individuos neuróticos y fácilmente impresionables la perversión zooerástica puede ser promovida por una fuerte emoción experimentada ante la vista de un espectáculo de ayuntamiento animal. En algunos casos en los que el individuo se masturbó mientras presenciaba el acto de la cópula, ese espectáculo llega a convertirse en su principal fantasma autoerótico y a veces resulta imprescindible para la realización del coito normal. Un muchacho de diecisiete años, que había visto copular a un toro y una vaca, cada vez que se masturbaba tenía que evocar aquella escena, de donde se deduce que el acto era casi más psíquico que mecánico. En el momento del orgasmo imitaba el suave mugido de placer que escuchó proferir a la vaca, y algunas veces tenía que pensar que él era el toro, forma única de completar la excitación, especialmente cuando ya se había masturbado varias veces en el mismo día.

Otras veces, las escenas de copulación animal son imaginadas y sin necesidad de que se hayan presenciado nunca. En estos casos no es difícil encontrar un elemento sádico o masoquista, si bien ello parece presentarse con más frecuencia en la mujer que en el hombre.

Una mujer refiere que, cuando tenía diecinueve años de edad y estaba poco informada de las cuestiones sexuales, vió en el parque zoológico de Barcelona a los leones en un lado y a sus hembras en otro de la jaula, separados por una verja de gruesos barrotes. Siempre ha creído que la fuerza y la arrogancia son signos induda-

bles de virilidad, suponiendo que, cuanto más altos y fuertes sean las mujeres, los hombres o los animales, mayor será también su capacidad sexual (1).

Se imaginaba siempre que el acto sexual de aquellas fieras había de ser un espectáculo grandioso de ferocidad y de lujuria, y alguna vez llegó a pensar en el placer que experimentaría siendo poseída por un león que la violase, infligiéndola dolor a la vez que ella trataba de rechazarle por todos los medios posibles para hacerse más codiciable. Cuando acariciaba estos pensamientos no había tenido aún relaciones sexuales ni conocía otros deleites que los de la masturbación, que practicaba muy de tarde en tarde.

En una ocasión vió a dos perros copulando en la calle, pero el espectáculo no la llamó la atención, ya que hubiese querido que los dos animales se mordieran ferozmente en lugar de acariciarse como lo hacían. En las bibliotecas buscaba siempre los tratados de Historia Natural, examinando con gran atención las fotografías de leones, imágenes que procuraba retener en su memoria, convirtiéndolas por la noche, cuando estaba acostada, en sus amantes preferidos.

A los veintidós años tuvo relaciones sexuales por primera vez con un muchacho de catorce, fuerte y vigoroso. Se hallaba de veraneo en un pueblecito de la costa catalana, y ella misma indujo al muchacho a que la poseyera. Quedó muy satisfecha del primer acto carnal, "porque el muchacho la produjo un dolor enorme, ensangrentándola sus partes genitales", lo que ocurrió a consecuencia de la ruptura de la membrana himenal. Estas relaciones duraron todo el verano, y lo que más la agradaba y la producía mayor placer era que el muchacho la persiguiese, derribándola en tierra tan pronto como la apresara. Hubo veces en que fué precisa la intromisión para que experimentase el orgasmo, pues tenía bastante con imaginarse que su amante era un león, con cuyo nombre le dominaba.

De regreso a Barcelona, donde habitaba, se enamoró de un hombre ordinario y de aspecto brutal; pero su decepción fué enorme cuando comprobó que este individuo la trató con gran delicadeza, sin prestarse a satisfacerla en la forma que ella hubiera deseado.

(1) Esta opinión, muy extendida, por cierto, es absolutamente errónea. En una misma especie animal parece completamente demostrado que al menor grado de desarrollo físico corresponde un mayor desenvolvimiento del impulso sexual y de la capacidad erótica; los débiles son más ardientes que los fuertes y más aptos para los placeres del amor que aquellos en quienes el aspecto exterior parece denotar un signo de virilidad y de fortaleza.

Un día, que asistió a una pantomima de circo, experimentó, según dice, una de las más intensas emociones de su vida al ver a un hombre disfrazado con la piel de un león. Se las arregló de forma tal, que, al día siguiente, se entrevistó con él en un café al que acudían los artistas del circo, y entonces, con toda habilidad, empezó a coquetear para conquistarle, lo que consiguió fácilmente, ya que era joven y bella.

Al cabo de algunos días, durante los cuales la joven no faltó al circo, le concedió la primera entrevista íntima, pero a condición de que llevase la piel de león, diciéndole que la gustaba mucho saber que bajo la piel de la fiera había un hombre, al que ella deseaba. En efecto, las cosas se desarrollaron en la forma que lo había imaginado la joven, realizando entonces su sueño de tanto tiempo, de ser poseída violentamente por un león. Estas relaciones duraron cerca de dos años, pues la joven llegó en su pasión incluso al extremo de seguir a su amante al extranjero. Al cabo de ese tiempo se casó "en serio", y el nacimiento del primer hijo hizo desaparecer aquella extraña manía de la que fué esclava varios años.

En este caso, es lógico suponer que la imposibilidad de practicar el bestialismo con un león era absoluta, por lo que la pervertida había de contentarse con su fantasma, que tanto se acercaba a la realidad.

Muchos casos de bestialismo en la mujer, que merecieron la atención de los teólogos de la Edad Media y que aún se registran muy a menudo, tienen por origen, en primer lugar, la impresión percibida, y, por otra parte, la falta de medios naturales de satisfacción. Una mujer que, siendo niña, vió copular a una pareja de jumentos, llegó a practicar la bestialidad con uno de estos animales. Teniendo en cuenta el volumen del miembro de la bestia y el de la cavidad vaginal de la mujer, es absolutamente imposible que el acto se verificase completamente. No obstante, manifestó que jamás sintió la necesidad de la penetración, lo que también la pareció imposible, pues tenía bastante con el mecanismo de roce ejercido sobre el clítoris y la región vulvar. En algunas obras de autores antiguos se habla de mujeres que practicaron el acto normal con caballos, y uno dice que cierta mujer del Sur de Italia dió a luz un monstruo, mitad ser humano y mitad caballo; todo esto no pasa de ser una fantasía.

Me refirieron en Marruecos que una mora, que gozaba fama de bruja, practicaba el coito con un asno, espectáculo que podía

presenciarse por unos céntimos. No llegué a ver a la mora, pero sí al borrico, cuyo miembro era bastante más pequeño que el de otros individuos de la misma talla.

En Egipto sí es cierto que las muchachas que cuidan de las manadas de borriquillos practican el bestialismo con estos animales; pero hay que advertir que la verga de dichos animales está muy poco desarrollada y aun eligen a aquellos que pueden sujetar más fácilmente. Lo mismo que en Italia los cabreros, las muchachas egipcias no conceden gran importancia a estas desviaciones del apetito sexual.

Las escenas de copulación de los perros ejercen tal vez más influencia que las de otros animales sobre la sexualidad de la mujer. Como veremos en otro capítulo, con estos animales se ha llegado a la copulación completa y hasta se conocen casos de individuos invertidos que practicaron la pederastia pasiva con estos animales.

Otra de las variedades del bestialismo, consiste en masturbar a los animales. Una niña de diez años gozaba sexualmente haciendo que un perro frotase sus genitales contra una pierna de la niña hasta que el animal eyaculaba. En una ocasión, temerosa de que la sorprendieran, quiso rechazar al perro, pero éste se asió de tal forma con las patas delanteras y los dientes, que la produjo heridas de consideración. Este caso, como otros parecidos que referimos, más bien que de bestialidad son de zoofilia erótica.

En resumen, puede decirse que los casos de zooerastia y zoofilia obedecen en gran parte a las impresiones percibidas mediante la visión de las escenas de ayuntamiento de los animales y también a la falta de medios para procurarse los goces normales. Cuando la perversión continúa a pesar de que puedan utilizarse los procedimientos lícitos, no cabe duda que el caso entra de lleno en lo patológico, siendo fácil demostrar que el individuo padece una afección mental más o menos grave.

Todo demuestra que lo mismo la zoofilia que la zooerastia, es decir, el bestialismo en sus diferentes aspectos, se aparta por completo del grupo de perversiones sexuales más o menos graves, fundadas en razones antropológicas, y, en definitiva, no es injusto asegurar que se trata de una variedad de la masturbación, que no puede confundirse con el autoerotismo, si es que vamos a conceder a este término todo el valor que debe atribuírsele, según hemos explicado en el correspondiente volumen.

EL BESTIALISMO EN EL CAMPO

La insensibilidad del campesino ante la mujer.—Razones psicológicas del caso.—La familiaridad con los animales.—La curación de las enfermedades venéreas.—Las prescripciones del «Ktab».—El bestialismo sagrado.—Casos de perversión neurótica.—La necrofilia de un enterrador.—Los pastores y cabreros.—Bestialidad con los gatos. Los perritos falderos.—El olor genital de la mujer como excitante de los animales.—Los insectos.

Puede decirse que el bestialismo es la forma de la perversión sexual que mejor se adapta al temperamento de las personas torpes, insensibles y rudas. Un autor dice que florece en los pueblos primitivos y entre los campesinos; que es el vicio propio de los destripaterrones, "insensibles ante las mujeres e incapaces de cortejarlas".

Ciertamente, puede admitirse esta opinión; pero es necesario hacer algunas consideraciones para demostrar que ello no es la regla general y que precisamente cuando se trata de individuos "insensibles ante las mujeres" es porque tal insensibilidad está justificada por alguna tara psíquica, en cuyo caso, partiendo de la base de la anormalidad originaria del hecho, hasta cabe decir que el acto es normal como son normales las locuras que se observan en el mundo de los locos.

A no ser que se trate de anormales no es posible encontrar un hombre que sea insensible ante las mujeres, y que, en cambio, muestre inclinación hacia las bestias, hasta el extremo de la zoofilia o la zooerastia. Repetimos, pues, que, en la inmensa mayoría de los casos de bestialismo cometidos por el hombre, la bestia en que se desahoga el impulso sexual no es más que un sustitutivo de la mujer; la prueba está en que ningún hombre, por rudo e insensible que sea, prefiere una cerda a una mujer. Además, como hemos de considerarlo como una perversión sexual, puede decirse que el destripaterrones no es nunca un pederasta, un homosexual, un feti-

chista, ni un refinado; porque todas esas variedades son, al fin y al cabo, refinamientos. No es ni siquiera un masturbador, porque le falta espiritualidad para armonizarla con los recursos puramente mecánicos; el zooerasta, en suma, viene a ser algo así como el intermedio entre el hombre normal y la bestia, aproximándose más a ésta que a aquél...

La incapacidad para cortejar a las mujeres es una razón tan poderosa que no es posible discutirla. Pero verdaderamente, este es un hecho que nada tiene que ver con el desarrollo del impulso sexual, ya que son dos emociones que no guardan entre sí la menor razón de dependencia. Por otra parte, si consideramos que el bestialismo es una forma de la masturbación, no hemos de olvidarnos de que el masturbador es casi siempre un tímido, un apocado, un débil de espíritu, etc., si no se trata de un anormal. La masturbación o el bestialismo, puesto que en este caso vienen a ser iguales, es en el campesino normal el resultado de la falta de mujeres o su misma simplicidad que le empequeñece miserablemente ante ese objeto natural y codiciado. En todo caso, es el impulso sexual que se manifiesta libremente, sin barreras ni obstáculos que se opongan a su potencia.

Pero, además, existen otras razones. Como hemos dicho anteriormente, se demuestra en infinitos aspectos que entre el hombre y los animales han existido siempre relaciones estrechísimas; un autor dice, con razón, que "las concepciones primitivas de la vida no levantaban una barrera tan alta entre el hombre y los animales". Los pueblos, que aún existen, que adoran a sus dioses en forma de animales domésticos o salvajes y a veces imaginarios, evidencian ser conscientes de su inferioridad con relación a las bestias, a las que conceden la virtud de estar en posesión de poderes sobrenaturales. Por esta razón dice un naturalista, al hablar de los frecuentes casos de bestialidad que se observan entre los campesinos, que no es la sensibilidad dormida o la ausencia de mujeres la causa única de estos hechos, sino que la razón es preciso buscarla en su constante familiaridad con los animales.

Estos hombres viven en el máximo contacto con la Naturaleza, y en sus largas estancias en el campo, los animales que cuida o aquellos que le ayudan imprescindiblemente en su trabajo, son sus amigos y compañeros constantes. Sólo se separa de ellos en las horas de descanso, y muchas veces duerme en la misma cuadra. Vive con sus bestias más que con su mujer, a la que abandona antes de que

el sol salga y sólo ve a sol puesto, cansado, muerto de fatiga y de sueño y lleno de entusiasmo o de desesperación ante la labor que le espera al siguiente día y que no tiene más remedio que seguir adelante, porque el trabajo es su único patrimonio. El campesino que está en constante relación con las bestias conoce el carácter individual de cada una, sabe cuáles son sus preferencias, a qué horas gustan de descansar, en qué momentos trabajan con más ahinco, qué frases son las que les estimulan, etc.; entiende a sus animales mejor que entiende a los hombres y a las mujeres, y jamás recibe de ellos quejas, molestias, desdenes o insultos, sino que, por el contrario, le ayudan constantemente y demuestran quererle y obedecerle en todo momento. Por esto dice un autor que el hombre del campo considera a los animales más próximos a él que los demás hombres.

A todo esto, piénsese en la mentalidad de ese destripaterrones, para quien no podemos emplear un acento desdeñoso y al que no pueden negarse las más hermosas cualidades morales y todas las virtudes que adornan al género humano, a excepción de lo que suponga la manifestación de su impulso sexual, y que es justo analizar como lo más primitivo de los seres organizados sin relacionarlo con la moral, porque ni es el mejor el más casto ni es el peor el más libertino: el sexo es una cosa y la moral verdadera tiene que ser otra.

El hombre del campo asiste a todos los actos de la procreación animal, desde la cópula hasta el parto; es testigo de ese soberbio espectáculo del ayuntamiento que, como hemos visto antes y nos refieren algunos historiadores, interesó a personas de elevada intelectualidad hasta el punto de hacerse notar y llevarlo a la historia o a la biografía íntima de aquellas eminencias. Hoy ocurre lo mismo en gentes completamente normales que no están "faltas de medios", y así sucederá siempre, porque no cabe duda que las escenas sexuales, ya sean los actores hombres o bestias, representan el símbolo más natural de la energía o del impulso instintivo fundamental del ser humano.

Aparte de las voluptuosidades que produce la bestialidad, hay que tener en cuenta razones muy importantes para justificar estos actos entre los campesinos, hechos que naturalmente se derivan de la superstición y de la incultura. En el campo existe la creencia fuertemente arraigada, como ya hemos visto en el volumen XVIII

de que las enfermedades venéreas se curan fácilmente por medio de la cohabitación con los animales.

Tal opinión está fuertemente arraigada en Europa, sea en el punto que fuere, pero donde hasta las gentes de más destacada intelectualidad participan de idénticas creencias, es entre los indios y árabes, según puede advertirse por las afirmaciones de sus libros santos. Así en *El Ktab*, después de referirse a la sodomía con la mujer, leemos lo siguiente: "Dicho esto, he de hablaros de los casos en que sería permitido fornicar con animales cuadrúpedos, como la cabra, la camella, la mula, etc. Estos casos son del dominio de la Medicina, y sólo pueden practicarse como medio curativo, en interés de la salud. Así es como está permitido fornicar con animales hembras, cuando uno está atacado de gonorrea simple o sifilítica, de fuertes inflamaciones del miembro viril y de las otras afecciones que no tengan úlceras, chancros u otras plagas semejantes.

"La experiencia ha demostrado que, bajo la influencia de esta fornicación, el hombre se descarga del virus, causa de estas enfermedades, sin que el animal se infeccione de ellas porque este virus es inmediatamente aniquilado por el gran calor que reside en la vulva del animal y por las cualidades acres o ácidas de las secreciones de sus mucosas.

"Por tanto, si estáis enfermos y sin socorro médico, o si éste ha sido ineficaz, podéis fornicar con animales; pero esta fornicación deberá cesar, so pena de contravención a las leyes del Islam, en cuanto recobréis la salud. Y también está permitido fornicar, en estos casos de enfermedad, con negras creyentes o infieles y adoratrices del diablo; pero con la mujer creyente no podéis practicar más que el coito ordinario, en las condiciones prescritas por el Profeta, sin olvidar la fórmula sagrada: "En el nombre del Dios clemente y misericordioso", porque esta fórmula os preservará de la negra que hayáis elegido y facilitará la curación."

Cuando los árabes emprenden viajes a través de los desiertos, el Korán no deja de ser tolerante en lo que a la bestialidad se refiere. Por lo general, las camellas jóvenes sustituyen a las mujeres. Los árabes llevan en las caravanas cierto número de estos animales, a los que no cargan, prestándoles cuidados que no siempre dedican a sus esposas.

Desde luego, nunca prescinden de practicar las abluciones y rezos de ritual, y hasta lavan la vulva a las camellas con meticuloso cuidado. Seguramente les resultaría más cómodo llevarse la mujer que la camella, pero no lo hacen porque una mujer en el desierto es siempre una presa muy codiciada para los bandidos que infectan los vastos arenales, en los que la lujuria se manifiesta con sus tintes más rojos. (Lámina II.)

Los *tamiles* de Ceylán, que en estas cuestiones sexualen carecen de grandes escrúpulos, no sólo se curan las enfermedades venéreas por medio de la bestialidad, sino que casi todos los dolores nerviosos—de cabeza, de muelas, de oídos, menstruales, etc.—tienen el mismo remedio. En ciertas épocas del año se organizan grandes peregrinaciones hacia templos o lugares sagrados de las montañas, donde hay cabras y machos cabríos que no tienen más misión que la de realizar estas curaciones. Algunas semanas antes de verificarse estas fiestas, una banda de músicos religiosos recorre los poblados arrastrando tras sí a los hombres y mujeres que quieren someterse a tan extraños experimentos, siendo de notar que, en realidad, se han observado muchas curaciones ante las que los médicos indígenas no se asombran, ya que confían más en estos procedimientos que en los de su ciencia. (Lámina III.)

En el Dahomey, según las narraciones de los viajeros, se cree que la copulación de un hombre con un animal trae siempre desgracias para la tribu, mientras que nadie duda que un perro puede curara la esterilidad femenina. Este animal, dios de la fecundidad, es adorado por algunas de aquellas tribus. Lo mismo que en Ceylán, se celebran fiestas en primavera y otoño, en las cuales las mujeres se someten a las caricias de los perros, a la vez que se realizan las ejecuciones de los hombres que cometieron actos de bestialidad con animales domésticos. Creo que el grupo escultórico que reproducimos, debido a un artista indígena, representa la imagen del dios de la fecundidad llevada en procesión por cuatro sacerdotes o hechiceros; el individuo que va delante debe ser el portador de un recipiente para recoger la sangre de los degollados, y el que va detrás lleva una cabeza que acaso perteneciera a cualquier zoocrasta dahomeyano. Esta figura pertenece a una colección de arte primitivo de M. Charles Ratton, de París. (Lámina IV.)

Aparte de los casos en los que el motivo de la bestialidad es la fe en la curación de las dolencias sexuales, en los pueblos primitivos ocurre muy rara vez, a no ser que las mujeres o los hombres se hallen separados de los individuos de sexo contrario. Cuando se observa la bestialidad en medios en los que la consecución de los placeres normales no ofrece dificultades insuperables, ya es pre-

de que las enfermedades venéreas se curan fácilmente por medio de la cohabitación con los animales.

Tal opinión está fuertemente arraigada en Europa, sea en el punto que fuere, pero donde hasta las gentes de más destacada intelectualidad participan de idénticas creencias, es entre los indios y árabes, según puede advertirse por las afirmaciones de sus libros santos. Así en *El Ktab*, después de referirse a la sodomía con la mujer, leemos lo siguiente: "Dicho esto, he de hablaros de los casos en que sería permitido fornicar con animales cuadrúpedos, como la cabra, la camella, la mula, etc. Estos casos son del dominio de la Medicina, y sólo pueden practicarse como medio curativo, en interés de la salud. Así es como está permitido fornicar con animales hembras, cuando uno está atacado de gonorrea simple o sifilítica, de fuertes inflamaciones del miembro viril y de las otras afecciones que no tengan úlceras, chancros u otras plagas semejantes.

"La experiencia ha demostrado que, bajo la influencia de esta fornicación, el hombre se descarga del virus, causa de estas enfermedades, sin que el animal se infeccione de ellas porque este virus es inmediatamente aniquilado por el gran calor que reside en la vulva del animal y por las cualidades acres o ácidas de las secreciones de sus mucosas.

"Por tanto, si estáis enfermos y sin socorro médico, o si éste ha sido ineficaz, podéis fornicar con animales; pero esta fornicación deberá cesar, so pena de contravención a las leyes del Islam, en cuanto recobréis la salud. Y también está permitido fornicar, en estos casos de enfermedad, con negras creyentes o infieles y adoratrices del diablo; pero con la mujer creyente no podéis practicar más que el coito ordinario, en las condiciones prescritas por el Profeta, sin olvidar la fórmula sagrada: "En el nombre del Dios clemente y misericordioso", porque esta fórmula os preservará de la negra que hayáis elegido y facilitará la curación."

Cuando los árabes emprenden viajes a través de los desiertos, el Korán no deja de ser tolerante en lo que a la bestialidad se refiere. Por lo general, las camellas jóvenes sustituyen a las mujeres. Los árabes llevan en las caravanas cierto número de estos animales, a los que no cargan, prestándoles cuidados que no siempre dedican a sus esposas.

Desde luego, nunca prescinden de practicar las abluciones y rezos de ritual, y hasta lavan la vulva a las camellas con meticuloso cuidado. Seguramente les resultaría más cómodo llevarse la mujer que la camella, pero no lo hacen porque una mujer en el desierto es siempre una presa muy codiciada para los bandidos que infectan los vastos arenales, en los que la lujuria se manifiesta con sus tintes más rojos. (Lámina II.)

Los *tamiles* de Ceylán, que en estas cuestiones sexualen carecen de grandes escrúpulos, no sólo se curan las enfermedades venéreas por medio de la bestialidad, sino que casi todos los dolores nerviosos—de cabeza, de muelas, de oídos, menstruales, etc.—tienen el mismo remedio. En ciertas épocas del año se organizan grandes peregrinaciones hacia templos o lugares sagrados de las montañas, donde hay cabras y machos cabríos que no tienen más misión que la de realizar estas curaciones. Algunas semanas antes de verificarse estas fiestas, una banda de músicos religiosos recorre los poblados arrastrando tras sí a los hombres y mujeres que quieren someterse a tan extraños experimentos, siendo de notar que, en realidad, se han observado muchas curaciones ante las que los médicos indígenas no se asombran, ya que confían más en estos procedimientos que en los de su ciencia. (Lámina III.)

En el Dahomey, según las narraciones de los viajeros, se cree que la copulación de un hombre con un animal trae siempre desgracias para la tribu, mientras que nadie duda que un perro puede curara la esterilidad femenina. Este animal, dios de la fecundidad, es adorado por algunas de aquellas tribus. Lo mismo que en Ceylán, se celebran fiestas en primavera y otoño, en las cuales las mujeres se someten a las caricias de los perros, a la vez que se realizan las ejecuciones de los hombres que cometieron actos de bestialidad con animales domésticos. Creo que el grupo escultórico que reproducimos, debido a un artista indígena, representa la imagen del dios de la fecundidad llevada en procesión por cuatro sacerdotes o hechiceros; el individuo que va delante debe ser el portador de un recipiente para recoger la sangre de los degollados, y el que va detrás lleva una cabeza que acaso perteneciera a cualquier zoocrasta dahomeyano. Esta figura pertenece a una colección de arte primitivo de M. Charles Ratton, de París. (Lámina IV.)

Aparte de los casos en los que el motivo de la bestialidad es la fe en la curación de las dolencias sexuales, en los pueblos primitivos ocurre muy rara vez, a no ser que las mujeres o los hombres se hallen separados de los individuos de sexo contrario. Cuando se observa la bestialidad en medios en los que la consecución de los placeres normales no ofrece dificultades insuperables, ya es pre-

ciso pensar en algún trastorno del individuo, como vemos que ocurre en el siguiente caso, que extractamos de una obra del doctor W. Howard, de Baltimore. Se trata de un niño de dieciséis años, muy listo y precozmente desarrollado. Era, esto no obstante, indiferente al sexo opuesto, aunque tentía grandes oportunidades de satisfacer sus pasiones normales. Vivían sus padres en una población; pero el muchacho gustaba extraordinariamente del campo, y le enviaron, en vista de ello, a una escuela rural. Al día siguiente de su llegada a la escuela, un labrador echó de menos una cerda, que se encontró oculta en una casa situada en los terrenos de la escuela. Fué éste el primero de muchos incidentes del mismo género, en los cuales desempeñaba una cerda el papel principal. Tan poderosa era su pasión, que una vez hubo que emplear la fuerza para apartarle de la cerda que acariciaba. No se masturbaba, y cuando le impedían aproximarse a las cerdas, no sentía inclinación sexual por otros animales. Sus poluciones nocturnas, que eran frecuentes, iban siempre acompañadas de imágenes de cerdas revolcándose. A pesar de un cuidadoso tratamiento, no se consiguió la curación; perdió el vigor físico y mental y falleció a la edad de veintitrés años. (W. Howard, *Sexual perversión.*)

Está suficientemente demostrado que la bestialidad se da rara vez en las poblaciones, o, por mejor decir, en aquellos puntos donde no se vive en contacto con los animales. "En el campo—dice un investigador—este vicio del labriego dista mucho de ser raro. Para el campesino, cuya sensibilidad está inculta, y que exige muy poco de una mujer, la diferencia entre un animal y un ser humano no es muy grande desde este punto de vista." Ahora bien, ya hemos abundado en las razones que inducen a la práctica de estos hechos entre las cuales la más importante es la familiaridad de hombres y bestias.

Hay que insistir siempre, refiriéndonos a los hombres, en la falta de mujeres, sin necesidad de insistir demasiado sobre la insensibilidad de los campesinos. Un campesino alemán, que fué denunciado por practicar el bestialismo con una cerda, le decía al juez: "Mi mujer estaba muy lejos, y por eso me fuí con la cerda." Ellis cita el siguiente caso, demostrativo de hasta qué extremos puede llegarse por un individuo: "Incluso la necrofilia—dice—puede practicarse de este modo. Un joven, que era ayudante de un enterrador (1), concibió y ejecutó de este modo la idea de extraer los

(1) En este caso, a pesar de la anormalidad congénita del ayudante del enterrador, es necesario reconocer que su familiaridad con los cadáveres llegó a borrar los temores o respetos primitivos que la muerte inspira siempre, a no ser que se trate de necrófilos, que es uno de los grados más importantes de la perversión sexual.

cadáveres de muchachas para satisfacer sus pasiones, y cuyo caso citan Belletrud y Mercier. "No pude—dijo—encontrar a ninguna joven que quisiera acceder a mis deseos; por eso hice lo que hice. Hubiera preferido tener relaciones con personas vivas. Encuentro muy natural lo que he hecho; no veo en ello perjuicio alguno, y no creo que nadie lo vea. Como las mujeres vivientes sólo sentían repulsión hacia mí, era muy natural que pensase en las muertas, que nunca me rechazaron. Solía deciries palabras tiernas, como "hermosa mía, mi amor, yo te amo". Pero cuando un acto tan anormal se considera como normal nos hallamos ante una persona que es congénitamente defectuosa, por lo que hace al desarrollo intelectual. Así ocurría en ese caso de necrofilia: era hijo de un hombre de inteligencia débil y de impulsos sexuales irresistibles, y él mismo era de escasa inteligencia; era, como conviene también indicarlo, anósmico" (1).

La bestialidad de los pastores, cabreros y guardadores de otros ganados, cuya misión exclusiva es cuidar de estos animales, obedece al factor familiaridad. Mirabeau, en el siglo XVIII, decía, fundándose en el testimonio de los sacerdotes vascongados, "que todos los pastores de los Pirineos practican la bestialidad". Otro tanto ocurre en Extremadura y Andalucía, especialmente con las cerdas, y en Galicia con las vacas.

Los animales domésticos de todas clases, desde la vaca hasta la gallina, han sido utilizados en todos los países para obtener placer sexual lo mismo por las mujeres que por los hombres. Un autor dice que "los animales domésticos son, naturalmente, los que más frecuentemente se usan, y pocos han sido los exceptuados, en caso de que alguno lo haya sido". Desde luego, la cerda parece ser uno de los animales de que se ha abusado con más frecuencia, hecho que debe ser muy antiguo. Es digno de notarse que en la lengua griega hay una sola palabra para designar a la cerda y a los genitales femeninos, lo cual comenta Aristófanes con ciera extensión. También los romanos llamaban *porcus* a los órganos genitales de la mujer. Actualmente, entre los indígenas de algunas islas

(1) *Anósmico:* que carecía del sentido del olfato. Es otra circunstancia que, unida a la profesión de enterrador de este individuo, contribuye a eliminar casi por completo el factor asco, tan importante en la aversión sexual. *(Notas del autor).*

del Pacífico, las palabras *cerda* y *vulva* se traducen por la voz *Ingaye*. En Castilla he podido observar que hasta el acto normal del coito se le designa con la frase "hacer cochinadas", lo que indudablemente ha trascendido hasta Sudamérica, cuya especial denominación de "hacer chanchaditas" parece establecer una analogía con el cerdo.

Krauss, en su libro *Extravíos de la sodomía*, cita el siguiente extraño caso: "Si he de dar crédito a las muchas noticias que, por distintos conductos recibo y que no es posible que siendo tantas se basen solamente sobre meras suposiciones, es muy frecuente que las mujeres de los sudeslavos se entreguen a caballos y burros. Lo que no puedo decir, porque no lo he visto, es cómo se las componen para conseguirlo. Lo único que pude ver fué a una lindísima chrowotina que, por la noche, completamente desnuda, y delante de una lámpara, se entregaba a actos deshonestos con un gato (¡!), lo que le producía un orgasmo tal que ni siquiera advirtió que a pocos pasos de ella la observaba por una ventana. La impresión que me produjo fué verdaderamente cómica."

Los pavos, los gansos y los cisnes han sido empleados por las mujeres de todo el mundo. La repetición del mito de Leda y el Cisne parece ser muy frecuente en los países balkánicos, y muy especialmente en Grecia; de una colección de fotografías referentes al bestialismo de la mujer, reproducimos una artística composición que revela hasta qué punto llegan las mujeres en la demanda de placeres exentos de peligros. (Lámina V.)

Entre las mujeres civilizadas, el animal preferido para la satisfacción de sus apetitos sexuales es el perro. Esta variedad no puede decirse que entre de lleno en el campo de la perversión sexual; pero no cabe duda que la explicación del excesivo afecto que muchas mujeres dedican a sus perritos falderos, no tiene otras causas que las que casi siempre se sospechan. No obstante, cuando se trata de mujeres que no tienen hijos, la afición a los perros no es siempre un símbolo erótico, sino más bien un símbolo maternal; es la zoofilia no erótica de las menopáusicas, que aman igualmente a los loros y los gatos, sin que la sexualidad sea la determinante directa del fenómeno.

Una señora, de treinta años, que se retiró a vivir al campo para recluirse en el dolor que la había producido la muerte de su marido, se llevó consigo a un inteligente perro de caza, que era inseparable del difunto. Había hecho el propósito de no volver a contraer matrimonio, y, en efecto, así permaneció durante cuatro años. Esta indiferencia aparente por las cosas sexuales tenía una explicación: la señora dormía con el perro y hasta llegó a tener contactos sexuales con el animal.

Por lo general, lo más frecuente es que estos perritos sean educados por sus dueñas para practicar el *cunnilingus*. En algunas ciudades asiáticas, donde residen grandes colonias de occidentales, hay gentes que se dedican a la educación de perros para estos fines única y exclusivamente. También en algunos países europeos se cultiva esta industria que, según testimonios de un empleado de una casa dedicada a la exportación de perros, es bastante lucrativa.

Yo he tenido noticias fidedignas de un caso en el que un perro faldero, que estaba educado por su dueña, se excitaba hasta la eyaculación practicando con ella caricias "sáficas". Esto concuerda con las observaciones realizadas por muy escrupulosos investigadores. Un autor inglés dice que la posibilidad de la excitación sexual entre mujeres y animales entraña cierto grado de excitabilidad sexual en los animales, producida por el contacto con mujeres, citando, al efecto, varios casos. Darwin dice que es indudable que varias especies de cuadrumanos pueden distinguir a las mujeres de los hombres—en primer lugar, por el olor, probablemente, y después por la vista— y ser así susceptibles de experimentar sensación sexual. (Lámina VI.)

Hufeland refiere el caso de una niña de tres años que jugaba con un perro, estando ella sentada con el animal entre las piernas. Parece ser que el animal debió intentar la copulación por cuanto que la niña empezó a llorar, diciendo que el perro la había producido mucho daño en la región genital, que presentaba una inflamación aguda. Se comprobó que las ropas y los muslos de la criatura estaban mojados por el licor seminal del perro. Como este caso se han observado muchos por distintos autores.

Voltaire se ha ocupado de las relaciones que las judías mantienen con los animales. "Diré—afirma—en justificación a las damas judías que erraban por el desierto, que no podían lavarse en un país en que no hay agua. No podían cambiar ni de trajes ni de zapatos; no tenían camisa. Así, los machos cabríos pudieron muy bien tomarlas por cabras, a juzgar por su olor, y esta confusión pudo establecer relaciones de amistad entrel as dos especies."

Parece ser que, en efecto, el olor genital de la mujer excita la sexualidad de los machos cabríos, de los perros y hasta de los

cerdos. Acerca de estos últimos animales, se cuenta el caso de una mujer que era poco aficionada a la higiene íntima, la cual estaba durmiendo cerca de un montón de heno recién segado, en cuya operación había intervenido desde muy temprano. Cansada de la faena se echó a dormir, y cuando el sueño era muy profundo, se aproximó a ella un cerdo sin que pudiera advertirlo. Unos gañanes que vieron al animal, le dejaron hacer. Poco a poco, como si se diese cuenta de que estaba dormida y no quisiera despertarla, la levantó las ropas con el hocico hasta llegar a los órganos sexuales, que olió, aspirando intensamente.

Unos instantes después vieron los campesinos que el animal se excitaba sexualmente, a juzgar por la erección de la verga, y divertidos por el espectáculo, permanecieron quietos hasta que el cerdo se arrojó sobre la durmiente, sin duda con intenciones de realizar la cópula. La mujer se despertó, costándole gran trabajo rechazar al enardecido animal, que a toda costa quería realizar su propósito.

Se refiere el caso de una joven annamita, que cuidaba una piara de cerdos padres en las inmediaciones de una gran ciudad, la cual siempre había rechazado las proposiciones que la hicieron varios muchachos de la aldea. Cuenta un soldado francés que un día pudo observar cómo la muchacha se complacía en masturbar a los cerdos, cosa que no le extrañó, puesto que estos casos parecen ser muy frecuentes en dicha colonia. El hecho de que la muchacha no agradaba al europeo ni lo más mínimo, le hizo permanecer indiferente en su puesto de observación, hasta que uno de los animales, al que estaba masturbando, se abalanzó sobre ella, derribándola a tierra con tan mala suerte que, al caer, se dió contra una piedra saliente, produciéndose una herida con pérdida del conocimiento.

Parece ser que el cerdo aprovechó esta circunstancia para practicar un acto sexual completo. Le extrañó al soldado que la muchacha no se moviera después de retirarse el animal, y entonces, con propósito de bromear, se acercó a ella, descubriendo que tenía la cabeza en medio de un gran charco de sangre y que, además, sangraba por los genitales.

Dió cuenta del hecho a un superior y la viciosa fué conducida a un botiquín, donde fué curada de la herida en la cabeza. Conducida más tarde al hospital, se comprobó que el cerdo la había producido graves desgarros en los órganos sexuales internos, así como en la vulva. El examen de los médicos dió por resultado la com-



EL MITO DE LEDA Y EL CISNE

En los países balkánicos, sobre todo, la bestialidad de la mujer con los cisnes es muy frecuente, sin duda para que no perezca el recuerdo de la mitológica Leda.

LAMINA V



LA MUJER Y EL PERRO

Aparte de los casos en los que el perro representa un símbolo maternal, lo más frecuente es que se le utilice como símbolo erótico, la forma más vulgar de la bestialidad femenina.

LAMINA VI

probación del coito, a juzgar por el licor seminal que el cerdo había depositado en la vagina de la annamita.

Confesó la muchacha que ya había practicado el acto con casi todos los cerdos, y desde entonces dejó de pensar en los hombres, ya que el primero con quien tuvo relaciones sexuales se portó peor que los cerdos.

Entre las campesinas polacas es fama que hay un insecto parecido al grillo, el cual dicen que aprovecha los descuidos de las mujeres cuando están durmiendo para producirles cosquillas en el clítoris. Un escritor dice, refiriéndose a este extraño caso de bestialismo, que las campesinas que se dedican a la siega buscan a estos animalitos con más interés que si fueran monedas de oro, y que aquella que utiliza este método de satisfacción sexual acaba por preferirle a los que pueda proporcionarle el hombre. (Lámina VII.)

Como veremos en el capítulo siguiente, los medios de satisfacción sexual zooerástica adoptados por las mujeres de todos los países, no son menos extraños que los que emplean los hombres, y que indudablemente ya debieron conocerse en los lejanos tiempos de Sodoma...

CASOS DE ZOOFILIA Y ZOOERASTIA

Diferencia entre ambos términos.—Zooerastia accidental.—Caso de zoofilia por falta de influencia maternal.—La atracción de los caballos.—Zoofilia sentimental.—Masturbadores de animales.—El sadismo con los animales.—Relaciones sexuales con perros.—Exhibiciones públicas.—Consecuencias fisiológicas.—Casos históricos.—Los castigos en la Edad Media.—El bestialialismo en los regimientos de caballería.—Los recursos de los oficiales rusos.—Un caso clínico.

La diferencia existente entre la zoofilia erótica y la zooerastia, no es muy acentuada. La zoofilia, que más bien se parece al fetichismo, es el amor a los animales, sean de la especie y sexo que fueren; la mayor parte de las mujeres que lloran a perros y gatos sepultados en cementerios especiales, en ricos mausoleos y tumbas imponentes, son zoofílicas. Y si se escarba un poco en su psiquismo, nada tiene de particular hallarse con la anormalidad, con la neurosis o con la locura en cualquiera de sus formas.

La zooerastia o bestialidad, ya es la perversión, que consiste en gozar sexualmente con los animales, a veces con la colaboración de elemento sádico, que en ocasiones diversas constituye el recurso único para obtener el más completo placer sexual y, más comúnmente, el necesario grado de excitación erótica, que se complementa por medio de la masturbación, el coito o el vampirismo. En resumen, puede decirse que la zoofilia, que es un camino que casi siempre conduce a la bestialidad, se observa en personas neuróticas y sensibles, mientras que la bestialidad completa, o sea la zooerastia, comprende a los individuos insensibles y degenerados.

El profesor Hesnard no establece distinciones ni admite modalidades, y dice que prefiere el término *zoofilia erótica* al de *bestialidad*, que sólo debe aplicarse, según él, a los casos de interés erótico por los animales, complicado de cinismo, de impulsividad

o de sadismo. A nuestro juicio, el término zoofilia merece ser diferenciado del de bestialidad en la forma dicha, porque el amor a los animales—aun con complicaciones sexuales—es una cosa y la bestialidad exclusivamente sexual, es decir, sin amor, es otra bien distinta. Repetimos, pues, que la zoofilia es lo primero y la zooerastia lo segundo.

Dice el mismo profesor que los casos de este género son más de la competencia de los criminalistas y los psiquiatras que del sexólogo. No puede admitirse esta opinión, sin ir más lejos, por la razón simple de que, por lo general, en el caso de que no se trate de individuos anormales—que es lo excepcional—, el bestialismo en cualquiera de sus formas no pasa de ser una fantasía más o menos repugnante o ridícula, que no irroga perjuicios a nadie, ni aun a los mismos animales, porque parece demostrado que muchos, machos y hembras, experimentan verdadero placer con estos contactos contra Natura. No vemos, pues, la razón de que el psiquiatra o el criminalista hayan de mezclarse en estas cuestiones, como no es posible en manera alguna rechazar la intervención del sexólogo, que es a quien, en todo caso, corresponde definir exactamente el caso.

En la mayoría de los casos conocidos, se observa que se trata de desequilibrados viciosos o de perversos instintivos, de débiles sobre todo, y aunque provistos de un fuerte deseo genital, rara vez puede decirse que sean de una sexualidad originariamente anormal. Pero, en todo caso, la predisposición psíquica no es más grave que la de otra variedad cualquiera de la perversión, y hasta puede asegurarse que es la más leve, si bien muchas veces no es otra cosa que una prueba de la ausencia del sentido moral, del sentido estético o de cualquiera otro corporal, como el olfato y la vista. Un caso, en el que la pérdida de la vista determinó en un individuo la inclinación a la zooerastia, es el siguiente: Un soldado alemán, que quedó ciego a consecuencia de la explosión de una granada, fué hecho prisionero a poco de caer herido. Se le internó en los hospitales de retaguardia hasta que estuvo curado de las lesiones que le produjeron la pérdida de los dos ojos, pasando después a los campos de concentración de prisioneros inválidos.

En este campamento tuvo por lazarillo a una perra, de raza vulgar, pero muy inteligente, que le acompañaba a todas partes. En una ocasión, otros prisioneros inválidos, pero no ciegos, le hablaron de una muchacha que estaba enamorada de él, y a la que

podría conseguir si se lo proponía. Esto no fué más que una broma a la que se prestó una mujer que iba con frecuencia por el campamento, ya aleccionada por los compañeros del ciego, que se habían propuesto abusar de su triste situación para divertirse.

La muchacha hizo como que se combinaba con el ciego para consumar la última escena de la comedia, lo que había de tener lugar estando ella en una habitación y él por fuera, separados ambos por una verja. En resumen, los bárbaros bromistas sujetaron a la perra del ciego en forma que no pudiera moverse, y cuando creyó que estaba operando sobre su amante, lo que hizo fué copular con la perra. Cuando le dijeron la verdad de lo ocurrido manifestó que le habían revelado la existencia de unas sensaciones desconocidas, y que, además, quedó tan condolido de la broma de su amante que desde entonces creía que la perra más inmunda no lo era tanto como una mujer. En este caso, casi me atrevería a asegurar que se trataba de un hombre bastante más sensible a la atracción de la mujer de lo que pudiera imaginarse, y hasta no cabe la menor duda de que la zoofilia, es decir, el amor que profesaba a su perra, se completó con las sensaciones de la zooerastia.

Un caso de zoofilia erótica en el grado superior de la perversión es uno que cita Krafft-Ebing de un neurópata congénito, inteligente, pero delicado y anémico, con limitadas facultades sexuales. Por lo visto, desde muy temprana edad manifestó gran amor por los gatos y perros y otros animales domésticos, y cuando los acariciaba, aunque era inocente en estas materias, experimentaba emociones sexuales, cuya naturaleza conoció al llegar a la pubertad.

A fuerza de muchos trabajos consiguió renunciar a aquellos hábitos, lo que logró después de algún tiempo; pero entonces, su erotismo, que forzosamente había de manifestarse de alguna forma, dió lugar a que tuviese sueños eróticos en los que los fantasmas eran figuras de animales, cuyas actitudes le inducían a masturbarse. "Al mismo tiempo—dice Ebing—no sentía el menor deseo de tener relaciones sexuales con animales, y le era indiferente el sexo de los que le atraían; sus ideales sexuales eran las normales."

El autor cita el caso, parecido al anterior, de un muchacho, de dieciséis años, hijo legítimo, de herencia neuropática y marcadamente degenerado, el cual tenía una pasión, de carácter irresistible e impulsivo, por los conejos. Moll presenta también el caso de un neurótico que, desde la edad de quince años se excitaba se-

xualmente con el contacto de los animales o con la vista de los mismos. Tuvo relaciones más de una vez con vacas y yeguas; también le excitaban las ovejas, los monos y los perros, lo mismo machos que hembras; el instinto sexual normal era débil, y experimentaba escasa atracción por las mujeres.

Iwan Bloch, bajo el título *Un caso notable de zoofilia,* refiere el siguiente: "Se trata de un hombre, de cuarenta y dos años, de tipo arrogante, aspecto sano y constitución física normal. Una amnesia hereditaria y familiar no es motivo suficiente para suponer un desenvolvimiento especial de su vida sexual. En su familia ha habido varios casos de matrimonios poco felices y uno de ellos, precisamente el de sus padres, que vivieron muy desavenidos. Su madre tuvo un carácter autoritario y no consiguió hacerse querer de su hijo. No puede decir nada de si hubo anormalidades en su familia. Tiene especial empeño en hacer constar que fué criado con biberón, y que por lo mismo perdió las primeras impresiones sexuales naturales e inconscientes, que, según la teoría de Freud, origina el mamar del pecho de la madre, y en esto cree él encontrar un motivo esencial de su posterior insensibilidad al sexo femenino.

"A los doce años, montando un hermoso caballo, sintió por primera vez este individuo una excitación sexual. Desde aquel día toda su sexualidad está íntimamente unida a la figuración de hermosos caballos, en el sentido de que sólo al verlos excita su libídine tanto que desde hace años, que monta a caballo una vez por semana, experimenta una eyaculación acompañada de intenso placer voluptuoso. Es de notar que jamás tiene sueños erotogénicos en que intervengan caballos. Como se ha dicho, no le impresionan sexualmente las mujeres, ni los hombres tampoco. Acerca de las mujeres, tiene ideas schopenhauerianas. Los pocos intentos de comercio íntimo con mujeres, que generalmente fueron con prostitutas, le repugnaron, y todo lo más que consiguió fué una debilísima erección, y esto sólo alguna vez. La vida sexual del paciente no es precisamente muy movida y se contenta con la eyaculación semanal y la consiguiente libidinosis montando a caballo. Desde hace varios años padece el paciente de frecuentes insomnios, que atribuye a preocupaciones materiales y a las cavilaciones acerca de la anormalidad de su estado sexual. Bromuros, el veronal y otros soporíferos, de nada le sirven, porque en seguida se acostumbra a ellos; los baños fríos de pies le sientan mejor.

"El paciente, que, como dice, considera el ayuntamiento carnal como un "acto animal", que inspira gran repugnancia, cree que podría llegar a adquirir la normalidad de su sexualidad si encontrara una mujer simpática y sana, moral y corporalmente, que le correspondienra. Pero, en este sentido, es muy escéptico, porque conoce muy bien lo rara que es una completa armonía, condición previa para que un matrimonio pueda ser feliz.

"El paciente no presenta ninguna de las características de la "degeneración", las partes genitales son normales, y en un hombre de cuarenta y dos años, que, a consecuencia de preocupaciones materiales y depresión moral, tiene una irritabilidad nerviosa, causante de los insomnios que padece, no pueden considerarse éstos como un signo de degeneración, si se tiene en cuenta que, personas perfectamente sanas, que tienen que luchar por la existencia, padecen frecuentemente de falta de sueño; fenómeno nada extraño cuando se han cumplido cincuenta años."

El mismo autor cita otro caso de zoofilia en el sexo femenino: "Cleptomanía de una niña de trece años. Una niña de trece años, que se halla dominada por una cleptomanía irresistible, y que, además, siente una inclinación enfermiza hacia los caballos, es lo más nuevo en el terreno de la decadencia. Esta desgraciada criatura es Frida de R., hija de un matrimonio que vive en la calle X. Se le atribuye una serie de robos de vehículos, que sólo se concibe en ladrones refinados. Su inclinación enfermiza incita a la niña a coger de las riendas a los caballos para hacerse con ellos. Nunca ha tenido, ni por asomo, la idea de vender los caballos ni de robar nada de los carros. Su afición a los caballos ha sido causa de que, desde muy niña haya hecho Frida cosas increíbles. Una vez sacó de la cuadra al caballo del dueño de una vaquería, lo montó y galopó en el patio, y luego, temerosa del castigo, se subió, no se sabe cómo, a lo alto de un palomar, en el tejado, de donde hubo que bajarla con dificultad. La niña está sometida a vigilancia facultativa desde hace algún tiempo, con motivo de su especialísima y extraña inclinación,de la que judicialmente resulta irresponsable."

Los caballos han sido siempre los animales preferidos por las mujeres zoófilas. Una joven de la mejor sociedad, de una importante población española, sufrió un día un grave accidente de equitación, que la puso a las puertas de la muerte. Casi todos los días acostumbraba a pasear a caballo, regresando a casa al anochecer. Un día se presentó el caballo solo a la puerta de la cuadra, lo que naturalmente inquietó a los familiares de la joven, de la que pen-

saron que hubiese sido víctima de alguna caída. El caballo, inteligente animal, condujo a uno de los criados a través de un monte, en un lugar apartado más de diez kilómetros de la carretera. Unos campesinos habían recogido a la joven, que permanecía sin conocimiento.

Repuesta de sus heridas, manifestó que gustaba mucho de pasear al galope por sitios difíciles, en los que hubiera necesidad de salvar obstáculos, porque esto la producía verdadero placer. El médico, que escuchaba estas manifestaciones, comprendió en seguida la verdadera naturaleza de su afición a montar a caballo. Los padres de la joven hicieron gestiones para vender el caballo, pero cuando ella lo supo se disgustó de tal forma que sufrió un síncope. Tan pronto se repuso, marchó a la cuadra y abrazándose al caballo, "le besó con la misma pasión que pudiera haberlo hecho con un amante". A tal extremo llegaba su amor por el animal, que amenazó a su padre con suicidarse si le vendía.

Esta joven no tenía inclinación hacia el sexo masculino. Se demostró que estaba enamorada del noble bruto, y que el orgasmo sexual que experimentaba era producido por el mecanismo del roce de la silla de montar con sus órganos genitales. El accidente sobrevino a consecuencia de una fuerte convulsión voluptuosa.

Un hombre de veintisiete años, de ligera herencia neuropática, hirió a una cierva en una jornada de caza. Se aproximó al animal, que tenía rotas las patas delanteras, lo que le imposibilitaba andar. Apenado ante la expresión de mansedumbre de la bestia, trató de entablillarle los huesos rotos, y, con todo género de cuidados, lo condujo a la clínica de un veterinario, que, al cabo de un mes, le devolvió el animal curado y casi domesticado. Con mucha paciencia completó la domesticidad de la cierva, hasta el punto de que le acompañaba en sus paseos, sin que nunca mostrase intenciones de huir.

Entre el hombre y la bestia se establecieron evidentes lazos de cariño; el animal parecía interpretar las palabras de su amo, y éste comprendía perfectamente los gestos de aquél.

Varias noches tuvo sueños eróticos, en los que la cierva adquiría la figura de una extraña mujer, mitad ser humano y mitad animal. En cierta ocasión, durante una siesta, el sueño le pareció tan real, que se levantó de la cama y se dirigió hacia donde tenía a la bestia, que estaba durmiendo. Manifiesta que aún por unos momentos creyó que, en efecto, la cierva tenía aquella figura, pero esta alucinación desapareció al despertarla. La acarició con gran

cariño, a lo que correspondió el bicho, lamiéndole las manos. El contacto de la lengua con su piel le excitó de tal forma, que llegó a experimentar el orgasmo; en adelante no precisó más satisfacciones que las que le producía este contacto, si bien "cerraba los ojos, imaginándose que la cierva tenía la figura que frecuentemente se le aparecía en sueños".

Una joven de diecinueve años, completamente normal, pero que nunca había tenido relaciones sexuales, gozaba masturbando a un gato de Angora de gran tamaño. En una ocasión, que entabló relaciones íntimas con un amante, no sintió el menor placer, lo que la disgustó sobremanera. No obstante, al cabo de dos o tres días logró sensaciones eróticas completas, imaginándose que masturbaba al gato, cuando, en realidad, cometía ese acto con su amante.

Confesó su desvío al novio, el cual comprendió el caso por haber realizado algunos estudios acerca de esta perversión, proponiéndole que la consintiera tener cerca al felino cuando realizasen el coito. Así sucedió durante quince o veinte veces, hasta que los recursos normales y hábiles empleados por el amante la curaron por completo su perversión.

Esta extraña forma de zoofilia es muy frecuente en las mujeres normales y en los hombres neuróticos, y a veces va unida a un verdadero deseo sádico de atroz impulsividad. Al efecto, Ellis dice lo siguiente: "En algunos casos, las mujeres, y también los hombres, hallan placer en la manipulación sexual de animales, sin ninguna clase de copulación. Esto puede ilustrarse con una observación que me trasmite un corresponsal eclesiástico: "En Irlanda, la casa de mi padre estaba junto a la residencia del arcediano. Tenía yo entonces veinte años, y sentía religioso terror a las cosas malas. El arcediano tenía dos hijas, habiendo educado a las dos con gran severidad, queriendo que fuesen modelos de virtud y de piedad. Nuestras cuadras estaban próximas, y sólo las separaba una pared muy delgada, en la cual había una puerta, que estaba cerrada con unas tablas, porque las dos cuadras habían sido antes una sola. Una noche tuve ocasión de ir a nuestra cuadra en busca de un apero de jardín, que echaba de menos; sentí que abrían una puerta al otro lado, y vi una luz que filtraba a través de las junturas de las tablas. Miré para ver quién pudiera estar allí a hora tan tardía, y pronto reconocí la bella figura de una de las hijas, F. F., que era alta, morena y guapa, pero que nunca me había hecho indicaciones, ni yo a ella. Estaba haciéndole el amor a la

yegua de su padre de una manera muy singular. Extendiendo el brazo derecho, ponía los dedos en forma de cono y oprimía la vulva de la yegua. Me asombré de ver al animal abriendo las patas posteriores, como si quisiera dar entrada a la mano de su ama, la cual le introducía gradualmente y con cierta facilidad hasta el codo. Al mismo tiempo revelaba experimentar las sensaciones más voluptuosas."

"Mi corresponsal añade que la curiosidad que despertó en él aquella escena le indujo a hacer el mismo experimento con una de las yeguas de su padre, y experimentó lo que él llama "una poderosa batería sexual", cuyos efectos fueron tan excitantes como cansados."

Nacke refiere varios casos de esta naturaleza, entre ellos el de un idiota, que no tenía más medios de satisfacción sexual que las sensaciones que experimentaba manipulando con la mano en la vulva de varias yeguas que estaban encomendadas a su custodia. Otro tratadista dice que un joven hacía lo mismo con las vacas.

Conozco el caso de un invertido de diecinueve años de edad, muy inteligente, pero excesivamente tímido, que llevó su perversión de zoofilia homosexual, por decirlo así, hasta el extremo de practicar la succión del pene de un perro de Terranova, al que profesaba gran afecto. El caso se descubrió en una ocasión en que el muchacho estaba dormido, cuando el perro se colocó de forma que le puso el pene en la boca; se despertó el invertido, y después de besar al animal se dispuso a practicar lo que el perro deseaba, lo que impidió un hermano del vicioso.

Estos actos de cunnilingus" con perras se han observado en individuos ligeramente anormales, y un médico austríaco da cuenta de un caso en el que una muchacha experimentaba placer sexual haciendo esta repugnante caricia a una mona.

Desde el punto de vista de la psicología, estos casos demuestran que el individuo que practica tales actos es inducido a ellos en virtud de una predisposición completamente normal y técnicamente plausible, ya que, como ocurre en el amor natural, el verdadero placer está tanto en el deleite que se proporciona como en el que se experimenta. La perversión es de objeto, pero no de fin; el fin revela una ausencia completa de egoísmo, algo parecido a lo que ocurre al masoquista, cuyo goce está en el sufrimiento que se deriva del placer que experimenta el sádico que le humilla o le golpea. No obstante, a pesar de todo, partiendo de esa sola base, la actitud

del zoófilo que llega a tan repugnantes extremos, es mucho más desinteresada que la del masoquista, porque en el hecho de practicar dichos actos con los animales, no persigue otra finalidad que la de hacerles gozar, sin pensar en que el acto pueda ser humillante para él, y al observar que sus actos producen deleite, es cuando se excita por reflejo, experimentando el placer por la misma causa.

Como decíamos antes, el elemento sádico es frecuentísimo lo mismo en la zoofilia que en la zooerastia, hasta el punto de que ciertos individuos de este temperamento experimentan placer sexual martirizando a los animales sin necesidad de que se efectúe el menor contacto sexual zooerástico; son sádicos, que gozan haciendo sufrir. Generalmente, se trata de sujetos de temperamento débil y grandes tímidos además. Son tipos afeminados, aunque no por eso pueda decirse que se trata de invertidos; pasan por ser grandes castos cuando, en realidad, son grandes hipócritas, expresión esencial de la debilidad del carácter.

Por lo común, el sádico de este tipo odia a los animales e incluso a las personas que les tratan bien; pudiera denominarse correctamente a esta perversión con el término de *zoofobia erótica*, para distinguirlo de la zoofilia, que, como hemos visto, es todo lo contrario de ésta.

El zooerasta sádico no se contenta con martirizar a los animales, sino que ya necesita realizar contactos sexuales, alternándolos con esos martirios que constituyen el origen de su excitación. Se conocen también casos en los que el pervertido parece atacado de locura sanguinaria, llegando hasta el extremo de matar a los animales. Un veterinario alemán citó el siguiente:

"Un hombre de treinta y ocho años, muy mal reputado, se introdujo furtivamente una noche en un establo para calmar en una vaca su apetito sexual. Primero introdujo el miembro en la vagina de una ternerita que tenía nueve meses y después intentó repetir el acto en una vaca, que le dió una coz que le derribó al suelo. Furioso introdujo por el ano el mango de una pala a la ternera y luego hizo lo propio con toda violencia a la vaca. La vaca murió al cabo de poco tiempo, casi en seguida, y la ternera tuvo que ser sacrificada al día siguiente. En la vaca se hallaron, además de una perforación de tres a cuatro centímetros de extensión en el recto, un desgarramiento de los riñones, perforación del mesenterio, del colon, peritoneo, de la base del hígado y hasta una profunda herida en el pulmón derecho. Estas importantes lesiones probaron que el salvaje había introducido

gravemente perjudicada: la consecuencia fué un derrame que parecía gonorrea, pero que no contenía gonococos.

En el mes de julio de 1933 fué curada de graves lesiones en la vulva y la vagina una bella muchacha de veinte años que actuaba en la barraca de una verbena como artista de variedades. Esta joven se había "enamorado" de un perro de gran tamaño, con el que practicó el coito, no pudiéndose librar después de la lubricidad del animal ni de sus garras tampoco, en virtud de que la nudosidad característica del pene del perro imposibilitaba la salida del miembro de la cavidad vaginal. Por si esto fuera poco, aún sufrió la joven una violenta contracción espasmódica de los músculos vaginales. Realizando un poderoso esfuerzo, consiguió librarse del animal, pero a costa de grandes desgarros de los que hubo de ser curada. La curación se dificultó extraordinariamente por habérsele declarado una infección blenorrágica.

Estos casos de bestialismo han sido elevados a la categoría de verdaderos espectáculos por gentes sin moral ni conciencia. En ciertas casas de prostitución es frecuente encontrar mujeres que disponen de perros perfectamente educados para hacer estas pantomimas. El Dr. Rosse ha recopilado numerosos casos de esta índole, de los que vamos a reproducir los más interesantes.

Una joven soltera de Wáshington se sometió delante de varias personas a las caricias de un mastín inglés, el cual, en sus esfuerzos por soltarse produjo tan graves lesiones a la mujer, que ésta falleció, a consecuencia de una hemorragia, una hora después.

Afirma el mismo autor que hace algunos años podía presenciarse en San Francisco una representación de esta clase entre una mujer y un perro de Terranova, pagando una pequeña cantidad; la mujer declaró que toda la que hubiese copulado una vez con un perro, lo preferiría siempre a un hombre. Añade el mismo autor que tuvo conocimiento de un acto idéntico entre una mujer y un mono, el cual se ejecutaba en Europa.

En los Estados Unidos parecen ser muy frecuentes estas perversiones. Se llega hasta el extremo de darse espectáculos en los que intervienen mujeres y burros. En uno de estos salones, situado en un distrito minero y al que acudía la gentuza de peor calaña, una mujer practicó el acto con un borrico. Como los espectadores quisieron que se repitiese el acto, la mujer trató de forzar al asno, pero éste la asestó tan tremenda coz en el vientre que la dejó muerta en el acto.

Se refiere que un muchacho invertido que practicó el coito anal con un perro haciendo de objeto pasivo, sufrió también graves lesiones que le ocasionaron la muerte. El pene del animal le perforó el intestino recto, dando lugar a la peritonitis.

En un intervalo de pocos días fueron curados tres ancianos campesinos de una pequeña población de Nebraska, los cuales habían resultado lesionados en el esfinter anal por haber practicado esta clase de coito con un perro. Los tres ancianos eran amigos, y el perro autor de las heridas fué el mismo. El animal estaba acostumbrado a esta clase de comercio por haber pertenecido a un fraile brasileño que no gustaba de otros medios de satisfacción sexual, hecho que se demostró por las afirmaciones de un muchacho que le vió practicar dicho acto varias veces. Este fraile intentó violar a una niña de seis años, y la gente indignada le linchó, colgándole después en un árbol, de cuya forma el perro quedó "viudo".

Los casos que pueden leerse en los relatos de los antiguos observadores son muy numerosos. El procurador de Luis IX cita a un tal Guillermo Garnier, que despreciaba a las mujeres. Dicho señor se paseaba siempre con una gran perra negra. Declaraba a quien quería escucharle que no se casaría y que no necesitaba una amante, ya que tenía una que no le costaba nada y que le sería siempre fiel. Añadía que ese era su gusto y que a nadie molestaba. Convicto de relaciones sexuales con su perra, fué condenado a muerte, lo mismo que el animal.

Pedro Grondeau, pobre y feo, cohabitaba con una burra. Los vecinos no se lo perdonaron: le denunciaron y fué condenado a muerte.

Juan Deviaille, pastor tímido y ardiente, vivió siempre con los animales. Los amaba, y las bestias se mostraban dóciles a su voz. Asistía a los misterios de sus uniones, y aunque miraba a las mujeres con concupiscencia, no se atrevía a acercarse a ellas, porque se burlaban de él. Un día, tumbado en un cobertizo con su rebaño, consumó el acto bestial. Una tal Juana le había espiado. Le denunció y le ahorcaron.

En el siglo XVIII, la Policía de París tuvo necesidad de dar varias batidas contra los amigos de las bestias que tenían sus puntos de reunión por la noche en las Tullerías y otros puntos solitarios.

Un autor refiere que algunos oficiales rusos que habían tomado parte en la guerra contra Turquía, en 1828, le confesaron que, ante el temor al contagio de las enfermedades venéreas, muy extendidas



DESHONESTIDAD CON LOS NIÑOS

Entre los ashiksa de la India, pueblo belicoso y aventurero, es muy frecuente que varios hombres se sirvan de un niño para la práctica de determinadas perversiones sexuales.

LAMINA VIII

Nos dijo que la había mordido.

La hicimos tenderse en la cama de operaciones, y, descubriéndole el muslo izquierdo, apreciamos cuatro minúsculas heridas puntiformes que apenas interesaban la piel. La mordedura estaba situada en el tercio medio de la cara anterointerna. Con cuatro toques de yodo, previo un lavado desinfectante, dimos por terminada la intervención. Pero no paró aquí la cosa.

La pasajera, temerosa de alguna complicación, y convencida además de que nada se nos ocultaba respecto a las circunstancias en que, indudablemente, debió sufrir tan extraña mordedura, después de esbozar ciertos remilgos púdicos, que no eran más que una triste y lamentable caricatura en su rostro ya ajado, confesó que desde muy joven se había aficionado a las caricias linguales de estos animaluchos, en las que halló sensaciones voluptuosas de más valor que los goces homosexuales, que nunca la dejaron bastante satisfecha.

Llegó a tener hasta media docena de perros de diferentes razas y tamaños, perfectamente educados a los fines de su fácil saciabilidad sexual, puesto que sólo muy de tarde en tarde recurría a tales procedimientos para calmar sus ardores eróticos.

Pude comprobar que aquella mujer padecía infantilismo, siendo verdaderamente extraño que, pese a la masturbación que dijo había practicado, no hubiese conseguido siquiera separar el prepucio del glande clitoridiano, cuyo tamaño era bastante reducido. Se ha demostrado suficientemente que la masturbación o una gimnasia análoga—que a la postre ha de traducirse en excitación provocadora del orgasmo venéreo—pueden corregir esos defectos de desarrollo; pero la mexicana, ni esto había logrado. Era una mujer extrañamente frígida, y no parecía muy contrariada por ello.

Cuando intentamos introducir el espéculo en la vagina de la dama, comprobamos que estaba ligeramente afectada de vaginismo, a juzgar por la violenta contracción espasmódica de los músculos vestibulares. La explicación la obtuvimos al apreciar el estado de los colgajos himenales sensibles al más ligero roce.

No obstante, aseguró que nunca había tenido comercio carnal con hombre alguno, si bien la rotura imperfecta de la membrana fué causada por ella misma, valiéndose de un objeto cilíndrico, pero menos voluminoso que el pene de un hombre. Dijo que la ruptura había tenido lugar unas semanas antes. La membrana era del tipo *septus* o en puente, y los desgarros aparecían sólo en la abertura superior, permaneciendo la inferior intacta, que por cierto ofreció a

prueba el siguiente caso, demostrativo a la vez de la simplicidad de la naturaleza de algunas razas primitivas.

En una ciudad del Brasil fué detenido un negro al que se acusaba de cometer actos deshonestos con las niñas blancas, a las cuales obsequiaba con dulces, frutas y otros regalos. Las criaturas declararon que el negro las conducía a su casa, y después de desnudarlas completamente se acostaba abrazado a ellas, para que el contacto fuese lo más estrecho posible. Todas ellas fueron reconocidas por un médico, y en ninguna se encontró la menor huella de tentativa de violación, extremo que las niñas habían confesado también. Llevado el negro a la presencia del juez, declaró que nunca pretendió realizar la menor deshonestidad con las criaturas, como podía probar por el hecho de que estaba castrado. En efecto, se comprobó que no tenía el menor rastro de órganos genitales, pues lo mismo el miembro viril que los testículos le faltaban desde que era niño a consecuencia de un accidente de ferrocarril. Manifestó que se abrazaba a las niñas porque de esta forma se contagiaba de su vitalidad, retrasando de esta forma su vejez. Aunque parezca extraño, este negro, que contaba setenta años de edad, hubiera podido pasar por un hombre que no llegaba a los cincuenta.

Esta superstición se denomina *sunamitismo*, es antiquísima y se halla muy extendida por todo el mundo. Los musulmanes viejos que se casan con niñas de doce y catorce años, más que los placeres de la carne persiguen los de la prolongación de la vida. En muchos pueblos primitivos existen las mismas creencias, fuertemente arraigadas, y en algunos, como entre los *howas* de Madagascar, se llega al extremo de vender criaturas de ambos sexos que son panaceas contra la vejez para los ancianos del sexo opuesto.

Entre los *shiks* del Norte de la India, pueblo belicoso y viril, muy hospitalario para el europeo y muy trabajador, cuando varios hombres tienen que ausentarse de sus poblados para trabajar en el campo, suelen llevarse a un niño, al que someten a sus caprichos lúbricos, haciéndole que practique la *fellatio*, o sea la succión del pene, con todos ellos. Este es un caso típico de verdadera deshonestidad, puesto que la finalidad que persiguen estos individuos es exclusivamente erótica. (Lámina VIII.)

Ya hemos hablado en otro volumen de la perniciosa influencia de los criados, especialmente los del sexo femenino, en lo

que se refiere al desarrollo e iniciación de la sexualidad infantil. Según las observaciones que poseo y los juicios emitidos por otros autores, los peores enemigos, los más dañinos y también los más agradables para los niños de ambos sexos, entre edades de cinco a diez años, son los domésticos; nunca sabrán los padres cuál es el verdadero significado de las efusividades y atenciones que para con sus hijos pequeños tienen muchos criados, sobre todo mujeres.

Dice Bloch que Rétif de la Bretonne puso en guardia a los padres contra la corrupción de los niños por las institutrices y criados, porque esta gente comete actos deshonestos con ellos ya desde sus primeros años; «para satisfacer su propia lujuria, juegan con las partes genitales de las inocentes criaturas, y de este modo despiertan en ellos prematurísimamente sensaciones sexuales que son causa de precoz masturbación. Esta deshonestidad con los niños pequeños, que muy bien podría distinguirse de la con los ya mayorcitos, fijándose para los primeros la edad de uno a seis años y de seis a catorce, es mucho más frecuente de lo que se cree para los últimos, y quizá más peligrosa para el desarrollo corporal e intelectual del niño que la practicada con los mayorcitos. Por regla casi general, son las mujeres las que así abusan de los niños pequeños y no raras veces es causa de estos extravíos el temor de quedarse embarazadas de los adultos, pero generalmente la causa verdadera es la lascivia».

Esta deshonestidad no es una verdadera perversión desde el punto de vista biológico, ya que lo mismo el objeto que el fin son completamente normales, lo que no ocurre en la bestialidad en cualquiera de sus formas.

La verdadera perversión aparece cuando el individuo no siente excitación alguna fuera de las relaciones con niños. Esto ocurre con mayor frecuencia entre los hombres de edad que en las mujeres, y donde con más amplitud se observa es en los colegios de párvulos, ya que la ocasión es una de las determinantes esenciales. «Todas aquellas personas—dice Bloch—que por su profesión están mucho tiempo en contacto con los niños o solas con ellos, como criados, niñeras, institutrices, señoras encargadas de llevar una casa, maestros y maestras, directores y empleados de asilos de huérfanos, dan relativamente un gran contingente a los delitos de esta naturaleza. El motivo no es precisamente una depravación mayor en esas personas que en otras profesiones, sino únicamente la circunstancia de estar siempre entre niños y que

todas sus excitaciones sexuales se tienen que referir a ellos, por la sencilla razón de que no hay allí personas adultas. A veces hay que tener en cuenta una constitución enfermiza, neuropática o psicopática, y más frecuentemente mera lascivia y sensualidad que se aprovechan de la ocasión.»

Esta última parte, es decir, lo que atañe a las condiciones neuropáticas o psicopáticas del individuo, es lo que más interesa para nuestro estudio, ya que ello se refiere esencialmente a la perversión.

Por lo general, es la perversión de los libertinos e individuos gastados por excesos sexuales de todo género: el caso típico es el del *viejo verde* o el envejecido prematuramente, que buscan en la inocencia y la ignorancia del niño los incentivos poderosos que necesita su sexualidad en decadencia.

El doctor Laurent, en su libro *El amor enfermizo*, dice de estos sujetos: «Han usado y abusado de la mujer, han recorrido toda la escala del amor natural y anormal, han ido a Lesbos y luego a Paphos y han gustado de todo, hasta de lo más refinado. Su sensualidad se agota y su virilidad de debilita y prepara para desaparecer; mas ellos, aunque agotados, no quieren entregarse ni se resignan a su suerte. Les ocurre lo que a los borrachos, que aunque les llegue el vino al esófago quieren continuar bebiendo. Un día se fijan en las niñas pequeñas que ven en la calle y se sienten impresionados por sus encantos, y así nace su amor.»

En estas aficiones pedofílicas existe casi siempre un elemento más o menos consciente que tiene su explicación. El incentivo fundamental de su lujuria está en el fuerte contraste de su impudor, su corrupción y sus refinamientos con el candor o el temor de las criaturas. Un individuo de sesenta años se excitaba sexualmente asustando a las niñas que le eran facilitadas por el ama de una casa de prostitución. Se hacía pasar por agente de Policía, diciéndoles que iba a encarcelarlas. Jamás llegó a golpear a ninguna; cuando las veía completamente atemorizadas, cambiaba el tono de sus reprimendas y empezaba a besarlas, amenazándolas con llevar a la práctica sus amenazas si no se avenían a sus lúbricos caprichos. Una niña, hija de un auténtico agente de Policía, refirió a su padre lo que le había ocurrido con el viejo, el cual fué detenido y encarcelado. Dos meses más tarde ingresó en un manicomio.

Otro caso curioso, pero ya completamente inofensivo, es el de

otro anciano que acudía a una casa de prostitución dos días al mes, satisfaciendo sus deseos eróticos de la siguiente forma: La prostituta había de ser de pequeña estatura y lo más joven posible y presentarse a él vestida de niña con la mayor timidez. El viejo la acariciaba correctamente, como si en realidad fuese una criatura de siete u ocho años; la llevaba muñecas, juguetes, bombones y toda clase de fruslerías adecuadas a una niña de esa edad. La prostituta tenía que fingir que le declaraba que quería casarse con otro niño de su edad, y en este tono entablaban los dos una larga conversación. Por fin, la niña aseguraba que no se casaría con nadie, sino que esperaría a tener la edad del viejo para casarse con él.

Estas confesiones de la supuesta niña le excitaban, poniéndole en disposición de realizar el coito; durante el acto la prostituta debía fingir que le causaba mucho daño, llorando amargamente.

La mayor parte de los viejos que frecuentan los parques y jardines públicos en que se reúnen los niños, repartiendo caricias y caramelos, son individuos muy peligrosos. En una ciudad castellana fué sorprendido recientemente un ex título que atraía a las niñas con dulces y pequeños regalos, haciéndolas sentarse sobre sus piernas. Un obrero que pasaba por las inmediaciones observó que el anciano tenía al descubierto los órganos genitales, y denunció el caso. Dos niñas declararon que el degenerado frotaba sus partes con las de ellas, besándolas y prometiéndoles regalos. Durante toda su vida fué un libertino que, gracias a su influencia, se libró de algunas cuentas con la justicia.

Un funcionario público que ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Enseñanza de un país europeo, acostumbraba visitar los colegios de niñas con cualquier pretexto. Solía hacerles preguntas sobre materias difíciles o desconocidas para las niñas, y cuando no contestaban las sentaba sobre sus piernas para explicárselas. La verdadera intención que guiaba al degenerado fué descubierta por una de las profesoras, la cual denunció el hecho a las autoridades, que, después de una detenida información, le destituyeron del cargo que desempeñaba.

En una ciudad portuguesa fué denunciado un hombre de cerca de setenta años, el cual se hacía pasar por el abuelo de una niña de ocho, huérfana desde los cuatro años. La chiquilla era muy inteligente, pero a pesar de ello no por eso había perdido su candor. Un día que jugaba con otras amigas mayores que

ella oyó hablar de matrimonios, acerca de lo cual decía una muchacha que cuando se acostaban los esposos se dormían en seguida para soñar que iban a tener hijos. La pequeña declaró con la mayor ingenuidad que ella se acostaba con su abuelo, como si fueran matrimonio, pero que no se dormían, sino que antes se abrazaban mucho, sintiendo ella unas cosquillas en un lugar íntimo de su cuerpo, porque su abuelo la besaba en esa parte y la frotaba con el pene.

Esto lo oyó una niña mayor que conocía la naturaleza de estas caricias, sin duda porque ya las habría experimentado, y al comentarlo con otras jóvenes se descubrió el hecho. El viejo fué detenido, negando que fuera cierto lo que se le imputaba, pero la niña confesó que ya hacía lo menos tres años que practicaba con ella la deshonestidad. Un reconocimiento facultativo demostró, sin lugar a dudas, que la criatura había realizado coitos completos, pues el canal vaginal dió paso con facilidad a un espéculo de tamaño medio.

El tipo del sátiro que sólo goza desflorando niñas es conocidísimo en los Tribunales de todo el mundo y en ciertas casas de «visitas» de las grandes ciudades. Un miembro de una familia ex real, de cuya vida sexual nos ocuparemos en el volumen XLVIII, pertence a la categoría de sálicos himenólatras sanguinarios. Su elevada posición le permitió satisfacer sus deseos sin complicaciones y con toda facilidad. Las vírgenes no habían de ser mayores de doce años, aunque las prefería bien desarrolladas y conscientes de lo que iban a hacer con el encumbrado personaje, que inmediatamente después de realizar el acto descendía hasta arrodillarse ante la violada para completar las emociones de su pervertida sexualidad.

Esta perversión de los ancianos y degenerados ha dado lugar a la prostitución infantil que se ejerce en todas las grandes ciudades. En París, Berlín, Viena, Nápoles y otras ciudades existen casas dedicadas sólo a «señores de edad», que están ocupadas por niñas que no llegan a los catorce años. En los bulevares parisinos se ofrecen estos manjares al paladar de los viciosos que buscan por la noche emociones inéditas.

Casi todas esas niñas que venden flores, fósforos, bombones, etcétera, que siempre van muy limpias aunque humildemente vestidas, suelen conocer perfectamente la decoración o el artesonado de los techos de ciertas habitaciones de los círculos y clubs más

respetables. En un casino de una gran ciudad, cuyo nombre no hace al caso, hay una puerta accesoria por la que entran niñas de corta edad que van a «hacer recados» o a vender flores o fósforos a los respetables señores que más espléndidamente propinan a los camareros. Una prostituta me refirió en cierta ocasión que, siendo niña, había conocido a otras amigas que, como ella, «hicieron recados» a los señores del casino.

Por lo general, estos viejos decrépitos no exponen nunca a las muchachas a un embarazo, porque se limitan, como dicen los napolitanos, a «hacer el amor a la francesa», con la correspondiente reciprocidad.

Algunas veces la Policía tiene ocasión de descubrir a estos sátiros, pero es cierto que la mayor parte de los casos se desenvuelven en el mayor secreto. En otras ocasiones se llega al escándalo, porque estas criaturas son explotadas por los padres, dando lugar al *chantage*. Se sabe de un anciano potentado al que se le preparó una encerrona que le costó cerca de cincuenta mil pesetas. Una niña de nueve años, convenientemente aleccionada por su madre, acudió a una cita que la dió el viejo, no costando ningún trabajo sorprenderles en la actitud más íntima. En otra ocasión, en la misma ciudad, se llegó hasta el extremo de tomar dos fotografías que demostraban claramente las aficiones de un viejo banquero.

El campo de operaciones de estos sátiros está a la puerta de los colegios. Un periódico publicó la siguiente noticia. «Hace algún tiempo detuvo la Policía a un muchacho joven por ciertas faltas cometidas contra las leyes del Estado y las de la naturaleza. El individuo denunció al anciano conde de W. y a varios amigos, entre ellos al barón A., que esperaban diariamente delante de los colegios y escuelas de niños la salida de éstos para llevárselos en automóvil a la residencia del barón y del conde. A consecuencia de esta denuncia organizó la Policía un servicio de vigilancia de niños de familias acomodadas que iban al colegio y confirmó la exactitud de la denuncia. El conde y sus amigos se llevaban a los niños, entre éstos a tres hijos de un ingeniero, el mayor de trece años, a las avenidas de Mac-Mahon y Friendland. A., que es novio oficial de una señorita de la aristocracia, ha sido detenido; el conde W. pudo huir. El reconocimiento de los domicilios de ambos aristócratas proporcionó numeroso material comprometedor. (*Le Matin*, París.)

Aparte de esta perversión, existen causas ocasionales como la embriaguez, la imbecilidad senil y otros estados semejantes. Entre los mendigos es muy frecuente la deshonestidad con los niños, especialmente en los Estados Unidos y Alemania. Estas relaciones son homosexuales, y la proporción calculada por un investigador viene a ser del 20 por 100.

Los mendigos buscan a los niños en los suburbios de las ciudades, hablándoles de su vida errante, aventurera y productiva. Estas criaturas no tienen más de trece años ni menos de ocho; el sistema de relaciones es la pederastia, conociéndose casos de niños que resultaron con graves daños fisiológicos por esta causa.

En los sueños eróticos de los ancianos, los fantasmas más frecuentes están representados por niños de corta edad y de los dos sexos, aunque el individuo no haya practicado nunca la homosexualidad e incluso le parezca una perversión repugnante. Las mujeres, en cambio, rara vez experimentan estos sueños, diferencia que podemos explicarnos seguramente en virtud de la mayor calma sexual del género femenino.

En los casos de hiperestesia sexual, es decir, la satiriasis en el hombre y la ninfomanía en la mujer, ésta recurre a los niños con más frecuencia que el hombre a las niñas, el cual prefiere individuos desarrollados que no ofrezcan a sus deseos insuperables dificultades anatómicas. Esta circunstancia de orden físico es de orden moral en la ninfómana, que a la vez tiende a evitar los riesgos naturales del embarazo, extremo que al hombre, por lo general, nunca le preocupa.

En la Edad Media se castigó la deshonestidad con los niños con la pena de muerte, cuando el autor era un hombre; en algunos países de Asia la mujer que cometía estos actos era condenada a ser poseída por caballos, asnos y bueyes.

Salvo algunas excepciones, la pedofilia ha repugnado siempre incluso a los salvajes, considerándose como uno de los actos más bestiales del impulso sexual y el menos disculpable, por la simple razón de que, aparte el aspecto moral, evidencia un egoísmo desenfrenado y un deseo de impunidad tendente a eliminar las responsabilidades que acompañan al acto natural. Los legisladores modernos siguen sustentando casi el mismo criterio de aquellos que encontraban la solución en la pena de muerte, con la diferencia de que modernamente suele ser circunstancia precisa el hecho de que los actos sean denunciados por un familiar del niño

o niña víctimas de la perversión. Antiguamente bastaba con que las autoridades tuviesen conocimiento del suceso para aplicar todo el rigor de la ley, lo que actualmente ocurre en los Estados Unidos, especialmente cuando los autores son negros. La democracia no acaba de comprender que las penas más severas sean las más adecuadas para castigar estos hechos de la más alta inmoralidad sexual.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EL BESTIALISMO A TRAVES DE LOS PUEBLOS

No tiene bases naturales.—La relación entre los hombres y los animales.—Los ejemplos de la mitología.—Los animales sagrados.—Razones de la adoración.—El diablo y sus encarnaciones.—Los salvajes que abominan de la bestialidad.—El bestialismo de los italianos. Los monos y las mujeres.—Mujeres secuestradas por los gorilas.—Varios casos notables. El mono de los parques zoológicos.—Los castigos de la bestialidad 9

LAS ESCENAS DE COPULACION DE LOS ANIMALES

El impulso sexual infantil.—La influencia de las escenas de copulación en la imaginación del niño.—La fascinación independiente del conocimiento.—El connilingus» de dos perras.—Revelación del impulso sexual.—Como origen de la masturbación.—La copulación de las moscas, como excitante sexual.—La de las hormigas.—Zoofilia mixoscópica.—Sueños zooerásticos. — Psicología. — La enamorada de los leones.—La masturbación de los animales. 25

EL BESTIALISMO EN EL CAMPO

La insensibilidad del campesino ante la mujer.—Razones psicológicas del caso.—La familiaridad con los animales.—La curación de las enfermedades venéreas. — Las prescripciones del «Ktab».—El bestialismo sagrado.—Casos de perversión neurótica.—La necrofilia de un enterrador.—Los pastores y cabreros. — Bestialidad con los gatos.—Los perritos falderos. El olor genital de la mujer como excitante de los animales.—Los insectos 39

Páginas

CASOS DE ZOOFILIA Y ZOOERASTIA

Diferencia entre ambos términos. — Zooerastia accidental. — Caso de zoofilia por falta de influencia maternal.—La atracción de los caballos. — Zoofilia sentimental. —Masturbadores de animales. — El sadismo con los animales. — Relaciones sexuales con perros. — Exhibiciones públicas. — Consecuencias fisiológicas. — Casos históricos.—Los castigos en la Edad Media. — El bestialismo en los regimientos de caballería. — Los recursos de los oficiales rusos. — Un caso clínico..... 51

LA DESHONESTIDAD CON LOS NIÑOS

Relaciones de la pedofilia con la bestialidad. Identidad de los impulsos. — Los «shiks» de la India. — La servidumbre y los niños. — Los libertinos y «viejos verdes». — Atracción de los caracteres infantiles. — En las casas de prostitución. — El falso abuelo. — Los desfloradores. — La prostitución infantil. — Los casinos de señores serios. — El «chantage».— Pedofilia homosexual. — Entre los mendigos. Sueños pedofílicos.—Las leyes antiguas y modernas 67

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
El gorila 16

LAMINA II
La bestialidad entre los árabes..... 17

LAMINA III
Bestialidad sagrada 32

LAMINA IV
El Dios de la fecundidad..... 33

LAMINA V
El mito de Leda y el Cisne..... 48

LAMINA VI
La mujer y el perro 49

LAMINA VII
Bestialidad con los insectos 64

LAMINA VIII
Deshonestidad con los niños 65